

La segunda campaña restauradora. De Guía a Yungay

1. Primeras medidas del gobierno de Gamarra

El mismo 25 de agosto quedó organizado el ministerio del nuevo gobierno: Gobierno y Relaciones Exteriores, don Benito Lazo; Hacienda, don Manuel Ferreyros y mientras llegaba del Ecuador, el oficial mayor José de Mendiburu; Guerra y Marina, el oficial mayor Bernardo Soffia.²⁴⁴ Este ministerio tenía una particularidad: en él figuraba don Benito Lazo ministro del precedente régimen de Orbegoso. ¡Singular persistencia ministerial! Pero explica en parte esta anomalía la circunstancia de que, en realidad, Lazo no aparece firmando sino las primeras comunicaciones del régimen de Orbegoso cuando se emancipó de Santa Cruz; las demás, ya desembarcada la expedición chilena y renaciente la influencia que sobre Orbegoso ejercían los agentes santacruceños llevan otra firma, lo que hace suponer la separación entre Orbegoso y Lazo cuando éste percibió la hostilidad de aquél para el Ejército Restaurador.

Las primeras medidas del flamante gobierno fueron conciliadoras: montepío para las familias de los caídos en Guía, llamado a los militares y marinos reconociendo sus empleos y grados a los que se presentaran. Además comenzó la organización de un ejército nacional: fue nombrado general en jefe del ejército, La Fuente; quedaron derogados los derechos contra la introducción de productos chilenos y argentinos; se hicieron

²⁴⁴ Don Manuel Ferreyros estaba todavía en Guayaquil. No aceptó el ministerio de Hacienda. Alegó en carta particular a Gamarra repugnancia a dicho cargo desde sus conversaciones en Puno, Lampa, Cuzco y Lima en otra época y en Guayaquil más recientemente. Aún sin su horror "al caos de la hacienda peruana que los gobernantes y la avaricia extranjera deben haber enmarañado, más y más", él era "mediano administrador de Hacienda" y le faltaban conocimientos para ministro del ramo, se sentía incapaz y no miedoso. (Ferreyros a Gamarra, 6 de octubre de 1838, original en la BNP.)

exequias en todas las iglesias por las víctimas de Yanacocha y Socabaya ordenándose dobles generales de campanas por dos días; fue organizada la guardia nacional nombrándose al coronel Mendiburu Inspector General; Chorrillos quedó habilitado como puerto mayor; los funcionarios y demás empleados de la lista civil y de hacienda fueron declarados a medio sueldo.²⁴⁵

Pero la preocupación inmediata de Gamarra tenía que ser la situación del Callao. Una mañana de agosto se dirigieron al Callao don Manuel Tellería, Fiscal de la Corte Suprema, don José Maruri de la Cuba de la Corte Superior, don José Cáceres y don Aniceto Corvacho miembros del Venerable Cabildo de la Iglesia Metropolitana, don Tomás Vallejo, don Bernardo Barbarán y don José Antonio Cobián individuos de la Municipalidad, en comisión para persuadir al gobernador del Callao sobre la necesidad de unir sus fuerzas al Ejército Restaurador. Así que llegaron a la línea del sitio se les dio un corneta para que hiciera al acercarse a la fortaleza la señal de paz; y con él avanzaron hasta tres cuadras de la fortaleza. Salieron entonces de allí dos oficiales a encontrar a los dos coches de los comisionados y advertidos del objeto del viaje les respondieron que el gobernador del Callao no reconocía el gobierno de Lima y que no recibía a persona alguna de su parte. Se le repuso que no el gobierno sino las corporaciones solicitaban la entrevista y la respuesta fue igualmente inhibitoria.²⁴⁶

En el Callao, Nieto había sido autorizado por Orbegoso, todavía prófugo, con la investidura suprema; y convencido de que en su débil posición era inútil tratar con los chilenos, decidió hacer la guerra en el norte para lo cual salió en un buque pequeño que burló a la escuadra bloqueadora, desembarcando en Supe y emprendiendo previa reunión de dispersos, marcha sobre la Libertad.²⁴⁷

2. Orbegoso en el Callao.

La declaración del 1° de septiembre

Orbegoso en tanto, a salvo ya en el Callao, redactó una profesión de fe política: "Para que no pueda jamás interpretarse mis sentimientos respecto del actual estado de los negocios de mi patria —decía— voy a

²⁴⁵ El Peruano, N.º 2, 28 de agosto de 1838, N.º 3 de 31 de agosto, N.º 4 de 4 de septiembre.

²⁴⁶ Al público, hoja suelta; sin pie de imprenta ni fecha.

²⁴⁷ Memoria cit., p. 46.

ponerlos por escrito y con el deseo de que sean publicados al género humano.

- 1° Con el ejército chileno invasor del Perú no entraré de modo alguno en otro tratado que no sea desocupar el territorio peruano sin exigir condición alguna.
- 2° Le haré la guerra por todos los medios que me sean posibles.
- 3° Exijo del general Santa Cruz que batiendo o no batiendo al ejército chileno deje al país en entera libertad de reunir su Congreso y que éste sin coacción y en una absoluta libertad disponga de su suerte.
- 4° Exijo que no pueda ser yo elegido Presidente ni bajo otro título Jefe de la Nación y que se me permita vivir sin ejercer destino público al lado de mi familia.
- 5° Si para entera tranquilidad del país fuese preciso que yo esté fuera me someto a salir del país.
- 6° Las fuerzas de que puedo disponer actualmente y hasta terminar la empresa de libertar enteramente al país estarán en mis manos o en las de un jefe peruano que yo elija hasta que se reúna el Congreso y delibere libremente.
- 7° Si el general Santa Cruz se negara a permitir la libre reunión del Congreso peruano, si de algún modo lo coactara, yo con todas las fuerzas peruanas le haré la guerra hasta el último lo mismo que al ejército de Chile. Esta es mi resolución y obro conforme a ella enteramente. Fortaleza de la Independencia, 1° de septiembre de 1838. —Luis José de Orbegoso.²⁴⁸

Orbegoso, débil en otros momentos, pecaba ahora de obstinación. A pesar de los sucesos de julio que lo obligaron a comprometerse a salvar al Perú de Santa Cruz, seguía hablando su vieja convicción de que había que destruir primero a los chilenos para luego imponer condiciones a Santa Cruz. Pero ¿podía ya Orbegoso enfrentarse a Chile, al gobierno de Gamarra y a la Confederación? ¿Santa Cruz se iría tranquilamente del Perú acatando a ese Congreso que con tanta arrogancia quería imponer desde su encierro del Callao un hombre impotente?

²⁴⁸ Protesta hecha por el general Orbegoso desde el castillo de la Independencia a donde se ha acogido y cuya copia ha venido a esta capital por varios conductos. Imp. del Estado por E. Aranda. Reproducido en *Al pueblo americano*, Guayaquil, 24 de noviembre de 1838, firmada por Orbegoso en el ejemplar de la BNP.

3. Cartas entre Orbegoso y Gamarra.

(Diálogo de la pasión que simula y de la terquedad rencorosa)

Con fecha 3 de septiembre, Gamarra escribió una carta a Orbegoso, después de que una nueva gestión conciliadora de Bulnes fracasó.

Si Santa Cruz había dado pruebas fehacientes de avidez por el poder, Gamarra estaba desde 1836 jugando el juego del desinterés. Con la hostilidad del vecindario de Lima, al frente de un gobierno vacilante, sus zorrunas protestas tenían que hacerse más vivas. En esta clase de movimientos de flanco era más ducho que en el ataque este hijo de escribano. "Si Ud. cree que yo he venido con el ejército de Chile dispuesto a hacerme cargo del mando supremo o de cualquiera otro destino que no sea el de hacer la guerra al conquistador del Perú, se equivoca altamente", le decía. "Ud. ha visto las cartas que yo he escrito a mis amigos asegurándoles mi desprendimiento y la resolución en que he estado de volver a desterrarme de mi patria si en esto sólo consistía el restablecimiento de la paz y la unión con el ejército de Chile. Ha visto Ud. también que a mi llegada me he ofrecido a servir bajo las órdenes de Ud. y que de mi corazón se habían disipado todas las prevenciones anteriores. Bajo ese concepto debe Ud. creer también que mi colocación en el mando que hoy ejerzo ha sido el sacrificio mayor que pude haber hecho en mi vida".

Narraba en seguida lo ocurrido. "Ansío cada día por descargarme del mando tan luego como pueda hacerlo con decencia y en bien del Perú. En la alocución que hice a las corporaciones y pueblo de Lima al día siguiente de haber prestado juramento les protesté con el lenguaje de mi corazón que si Ud. se presentaba en ese acto a tomar el gobierno, sería el primero que le rendiría obediencia. Le aseguro a Ud. que esta disposición de mi ánimo no ha variado; y que estoy decidido a influir en mis amigos y en todos los buenos peruanos para que se haga Ud. nuevamente cargo del gobierno si se resuelve a seguir una marcha que salve de sus compromisos con la República entera, en consonancia con los votos de los pueblos libres".

Negaba, sin embargo, luego, la legitimidad de Orbegoso, perdida desde la división del Perú en dos Estados. Ambos gobiernos, el de Callao y el de Lima, eran de hecho: la necesidad y la conveniencia y no las fórmulas constitucionales inspiraban las palabras de cordialidad de esta carta. Recapitulaba con algunas expresiones duras los sucesos más inmediatos desde julio y ponía ante Orbegoso un dilema: o se rendía a Santa Cruz capitulando con él la entrega de estos departamentos a su

dominación o abrazaba cordialmente a sus hermanos los peruanos juramentados para pelear por la Independencia. Terminaba por decirle que él, Gamarra, concurriría con sus amigos a que Orbegoso presidiera el Perú hasta la reunión de un Congreso siempre que se pusiera de acuerdo en los puntos siguientes: 1° Mantenimiento de la Constitución y de los cuerpos ya reorganizados. 2° Guerra al usurpador del Perú hasta lanzarlo del Perú y reducirlo a la impotencia de hacer una nueva invasión. 3° Alianza con Chile. 4° Exclusión de los agentes o adictos de Santa Cruz de los puestos políticos. "Hágame Ud. la justicia de reputarme como un buen peruano y que a este renombre deseo sacrificarlo todo".²⁴⁹

Esta carta fue llevada el 4 de septiembre por un parlamentario al Callao.

Orbegoso contestó con fecha 5. Recordaba otra carta concebida en análogos términos que recibió en 1834, en análogas circunstancias. Afirmaba que si había Gamarra venido o no con los chilenos a asaltar el mando lo decían los resultados. Evocaba la actitud del pueblo el 28 de enero. Decía que en el tratado de La Paz no se estipuló la cesión del Perú sino la reunión de un Congreso del norte y otro del sur; y que este tratado fue posterior al que Gamarra celebrara con Santa Cruz y en virtud del cual entró al Perú. Dejaba constancia de su fidelidad a los principios de la revolución de julio del 38, y de su espíritu pacifista ante los chilenos que le impidió atacarlos en condiciones favorables cuando desembarcaron en Ancón. Decía que el general Santa Cruz, cuyos proyectos habían sido ayudados, por los chilenos, sin saberlo, no habría podido oponerse a la decisión de los peruanos, y si hubiera venido un choque habríanse levantado los pueblos como un solo hombre. Declaraba que no se uniría a él (Gamarra) en quien veía el primer enemigo de la patria, la causa de todas sus desgracias; no transigiría con los chilenos porque habían invadido el país, vertido la sangre de sus hijos y traído muchas calamidades; no se uniría a Santa Cruz porque su sistema era contrario a los deseos y a los intereses de los peruanos. "Este pabellón nacional en su pureza está enarbolado, clavado diré mejor en estos torreones... ni Ud. ni el ejército chileno ni el general Santa Cruz tienen poder para arrancarlo. Moriré si es preciso abrazado de él". Se refería luego a que era increíble sostener ya que los chilenos habían venido a trabajar en favor de los peruanos. No era el general Santa Cruz ni su causa lo que el ejército peruano defendió a las puertas de la capital. "El ejército invasor conducido por

²⁴⁹ Carta escrita por S. E. el presidente provisorio Gran Mariscal D. Agustín Gamarra al de igual clase militar Exmo. Sr. D. Luis José Orbegoso (Hoja suelta sin fecha y sin pie de imprenta).

Ud. ha venido a hacer la guerra a los peruanos, a esclavizarlos, a destruirlos". El resultado de la invasión, aparte de inmensos males al país, había sido engrandecer el poder de Santa Cruz, rodearlo de la opinión y darle fuerza moral que no tenía. Y en cuanto a la proposición concreta que le hacía Gamarra contestaba que si no fuera el jefe de la patria proclamado libre y unánimemente, si no hubiera hecho formal protesta de abstención política, "si fuera capaz de creer en Ud. alguna vez buena fé", si viera la salvación del país pendiente de la humillación que se le proponía contestaría siempre: "nadie tiene el poder de degradarme, nada en el mundo es capaz de envilecerme".²⁵⁰

4. Operaciones militares desde Lima. Combate de Matucana

En Lima los coroneles Frisancho y Torrico empezaron a organizar los batallones Cazadores y Legión Peruana. Castilla al frente de un escuadrón de caballería y dos compañías de infantería chilenas se dirigió a Chancay a reunir soldados dispersos, combatir montoneros, adquirir caballos, relacionarse con el vecindario del departamento de Huaylas. La Fuente, jefe del ejército del norte, se embarcó en Chorrillos con dos compañías del Carampangue y 56 cazadores a caballo para ocupar el departamento de La Libertad (29 de agosto). Algunos soldados fueron destacados a los alrededores de la capital para barrer con los montoneros Rayo, Jiménez, Remolina y otros. El anuncio del avance del ejército protectoral situado en Tarma y las guerrillas en Matucana, hicieron que fuera destacada una columna de poco más de 200 hombres al mando de los coroneles Plasencia, Torrico y Sesse. Llegada a la aldea de Matucana esta columna hallábase el 18 de septiembre, día de la independencia chilena, celebrando un te-deum cuando fueron avistadas tropas enemigas. Torrico montado en un caballo sin ensillar dictó las providencias para el combate. La columna confederal que estaba mandada por Otero hubo de retirarse. A pesar de que en su parte oficial Otero afirmó haber triunfado, el alto comando protectoral le reprendió porque por primera vez las tropas habían vuelto la espalda al enemigo; y Santa Cruz afirmó en su manifiesto de 1840 que este combate sin trascendencia quebrantó la moral de su ejército y cambió en incertidumbre su arrogancia.²⁵¹

²⁵⁰ Al público americano, Guayaquil, 29 de octubre de 1838, Imp. de Manuel I. Murillo.

²⁵¹ Plasencia, Diario, pp. 21 a 25 con un mapa. —Santa Cruz, manifiesto, p. 164. Oficialmente y en cartas privadas los santacrucinos sostuvieron que los vencedores habían sido ellos:

5. El norte por la Restauración. Actitud de Huaraz. Significado de Vidal. Siete presidentes simultáneos en el Perú

En tanto, La Fuente había llegado a Trujillo proclamándose a su llegada la Restauración. Las haciendas de Orbegoso fueron arrasadas y su familia vejada. Prefecto de La Libertad fue nombrado don José M. Lizarburu, a pesar de su antigua enemistad política con Gamarra.²⁵² Sobre Piura destacó La Fuente al coronel Iguain, y luego fue él mismo entrando en negociaciones con Rázuri; hubo un levantamiento principalmente de negros encabezado por un oficial del ejército boliviano llamado Urbina y todo terminó favorablemente a la Restauración, después de un tiroteo con las tropas veteranas de La Fuente (30 de septiembre). Este nuevo derramamiento de sangre peruana fue agitado como bandera política por Orbegoso y Santa Cruz.

De otro lado el general Castilla logró ponerse en contacto con don Juan B. Mejía, que se dirigió a actuar en Huaraz. Mejía escribió a Castilla haciéndole ver la necesidad de la unión entre los norperuanos antisantacruceños y los restauradores chileno-peruanos, dándole varias razones: a) sin dicha unión Santa Cruz los destruiría y continuaría opriéndolo al Perú; b) ella obligaría a Nieto, que estaba en aquellos momentos en el norte, a transar y a unir sus huestes contra Santa Cruz; c) Santa Cruz, que estaba reuniendo sus fuerzas en Tarma y Jauja, estaba decidido a atacar Lima que sucumbiría sin la unión; d) esa unión era la única forma de acallar la animosidad de los pueblos contra el ejército chileno; e) los peruanos que habían en Tarma y Jauja y que sólo temían a los chilenos se decidirían a actuar contra Santa Cruz, inclusive Morán. No importaba si Orbegoso desaparecía de política. Encargado del acuerdo fue el general Vidal.²⁵³

Mientras Nieto significaba el nacionalismo irreductible; Guarda, gobernador del Callao, el nacionalismo simulado pues en realidad estaba intacta su lealtad a Santa Cruz; en Vidal se encarna el nacionalismo desengañado y acatando los hechos consumados. Por alguien había que decidirse: Santa Cruz o los chilenos. Guarda más tarde se decidió por Santa Cruz. Vidal entonces por los chilenos. Nieto y Orbegoso, en cambio, porque no se decidieron, quedaron pronto eliminados.

cartas de Herrera a Vivas, Jauja, 30 de septiembre; Otero, 31 de septiembre, de Santa Olaya a Vivas.

²⁵² Lizarburu a Gamarra, 28, 30 de octubre, 22 de diciembre. Archivo de la BNP.

²⁵³ Mejía a Castilla, 12 de septiembre de 1838 desde Huaraz. Archivo de la BNP.

El 27 de septiembre el departamento de Huaylas proclamó Jefe Supremo de la República al general Vidal; éste aceptó su cargo sólo en forma momentánea hasta una nueva asamblea. Reunido nuevamente el vecindario acordó enviar una carta a Orbegoso para que pusiera sus fuerzas a órdenes de Gamarra; y como comisionado marchó don Juan B. Mejía. Orbegoso repuso que el acta de Huaraz le daba un triunfo a Santa Cruz porque su causa aparecía bella al lado de la de los invasores.²⁵⁴ Entonces fue publicado un acuerdo de Huaraz declarando traidor a Orbegoso y sujeto a la pérdida de sus bienes y honores.

Con la fugaz elección de Vidal llegaron a siete los presidentes que tuvo entonces el Perú: Orbegoso, del Estado Norte; Gamarra, de la República resurrecta; Santa Cruz, Protector de la Confederación; Riva-Agüero puesto por Santa Cruz al frente del Estado Norte en vez de Orbegoso; Pío Tristán, Presidente del Estado Sur; Nieto que hizo sus correrías por el norte con despachos de Jefe Supremo expedidos por Orbegoso; y Vidal.

En Ica el general Salas tuvo encuentros parciales con tropas peruanas orbegosistas que ya se manifestaban santacrucinas.

En total, pues, en octubre Trujillo, Huaylas e Ica reconocieron al régimen de Gamarra; y las tropas confederales habían sufrido su primera derrota. Los pocos emigrados antisantacrucinos remanentes en el Ecuador penetraron al territorio peruano, mientras que orbegosistas o santacrucinos del norte llegaban al Ecuador como emigrados. De otro lado, frente al Callao se iniciaba el sitio. Este sitio era nominal: por mar a causa de la actitud de los barcos extranjeros y por tierra a causa de la escasez de tropas de vigilancia entraban provisiones al Callao. El sitio no pasó de algunos tiroteos, de ocultas instigaciones para que la guarnición se sublevara y del ofrecimiento que hizo Orbegoso al general Cruz encargado de las operaciones para que se fuera por las tardes a tomar el fresco, en la fortaleza.

6. Eliminación de Nieto.

“¡Que la patria haga libremente su papel de mesalina!”

Nieto, desembarcado en Supe, avanzó sobre Trujillo llegando a Virú, donde se le reunió el general Sierra, prefecto del departamento, porque Trujillo ya habíase pronunciado a favor de la Restauración chilénofila. Desde Virú escribió a La Fuente, que le había pedido que se entendieran.

²⁵⁴ Plasencia, pp. 32 y 33.

Dijole que sentía repugnancia invencible para darle el título de amigo, pues él (La Fuente) había contribuido auxiliando a los chilenos a privar al Perú de su independencia; que lucharía contra Santa Cruz y contra los chilenos; que mientras que La Fuente estuviera codeado de chilenos, secundándolos en sus planes que no eran otros que usurpar la superioridad comercial del Perú, arruinar sus puertos y deshonorar el nombre peruano, no cabía un entendimiento.²⁵⁵

En el camino de regreso a Santa vio Nieto que se sublevaba su columna. Dirigióse a Paita, donde tampoco encontró acogida; el vecindario ante tanto confusionismo de ideas y multiplicidad de facciones se había proclamado neutral. Después de amargas peripecias se dirigió a Guayaquil.²⁵⁶

Una carta muy típica, entre dolorida e irónica, escribió Nieto a su amigo Juan Manuel Grau sobre sus últimas andanzas: "Noche maldita fué para mí la de nuestra última despedida. Perdí mis cazadores, mis ordenanzas, un ayudante que se cansó de perderse conmigo y yo me perdí también en el camino sin embargo de teacher por guía al Imperdible o al que jamás se había perdido. Sancho decía que hay horas menguadas y yo aseguro que no sólo hay horas sino años, períodos, épocas si se quiere para algunos hombres y naciones. Mi patria padece largo tiempo y yo con ella porque la adoro tanto o más que un joven loco a su querida y ya no encuentro el remedio para salvarla y salvarme a mí y casi estoy tentado de hacerla hacer libremente el papel de Mesalina y obrar yo como Aristipo, no por cierto en cuanto a la amistad pero sí en cuanto al amor a la Patria. ¿Os parece bien? Sigo mi ruta. Llegué a Paita bien comido y mal dormido y gravemente estropeado. Huve de bolver a Piura para una función de armas a la que decían se había resuelto su leal guarnición y esperaba la contestación de una nota que dirijí al gobernador sobre el particular, con el rocinante envidado cuando hete aquí que se presenta el santo advenimiento y deja estupefactos a todos... Con este motivo suvo o monto (no sé el término técnico marino de que debo hacer uso aquí) en 'Nuestra Señora del Carmen' y vengo a esta ciudad en el mismo tiempo que tardó Jesu Cristo en resucitar y suvir a los cielos conducido por el último vástago del Congreso del Perú con la sola diferencia de haver vajado a los infiernos pues el calor que se experimenta se parece algo al de aquellas tierras según lo que tú mismo me has dicho".²⁵⁷

²⁵⁵ D. Nieto a La Fuente, 6 de septiembre de 1838. Archivo de la BNP.

²⁵⁶ Memorias cit., pp. 45 y 48.

²⁵⁷ Nieto a Grau, Guayaquil, 5 de octubre de 1838. Archivo de la BNP.

Una vez en Guayaquil, Nieto se negó reiteradamente a las instancias de don Manuel Ferreyros para que entrara en tratos con Gamarra. Seguía pensando que la única solución para los problemas del Perú era un Congreso.²⁵⁸

7. Dificultades del gobierno de Gamarra con los extranjeros. (Las “vísperas sicilianas”, el bloqueo del Callao, el caballo del Dr. Mac Lean)

Los vínculos entre el gobierno de la Confederación y los extranjeros eran palmarios. Los tratados celebrados con Inglaterra y Estados Unidos; los honores otorgados por el rey de Francia a Santa Cruz; las consideraciones especiales guardadas al comercio y aun la influencia que en el ánimo del Protector tenían algunas personas como el propio Wilson, cónsul general británico, explican este ligamen.

El gobierno de Gamarra se encontró, en primer lugar, con una nota del cónsul Wilson exigiendo protección a las personas y propiedades de los súbditos de S. M. B. refiriéndose en especial a las mercaderías depositadas en los almacenes del Callao, plaza sitiada por el ejército chileno aliado de aquel gobierno y, por lo tanto, susceptible de saqueo. Igual solicitud hicieron los señores Suillard, agente francés, y Bartlett, agente yanqui.

El gobierno de Gamarra dio con fecha 30 de agosto un decreto prohibiendo el comercio de los extranjeros al por menor y ordenando la clausura de sus tiendas, en el plazo de ocho días.

Al mismo tiempo decretó que las mercaderías extranjeras depositadas en los almacenes del Callao fuesen trasladadas al puerto de Chorriillos, orden contra la cual protestaron los agentes ingleses y franceses; éste último ofendido por la deportación de un médico, la prisión de dos franceses, la captura de un caballo, se dirigió también al jefe chileno considerando responsable al gobierno chileno de las medidas reclamadas: Bulnes declinó la jurisdicción.

En esos días salió un pequeño semanario: El Periodiquito. No dejaba de haber cierta gracia en sus páginas donde revivía el tipo de periodismo entronizado por El Telégrafo de Lima durante el primer gobierno de Gamarra basado en apodos, charlas entre personajes populares, versos,

²⁵⁸ Ferreyros a Gamarra, Guayaquil, octubre (en la BNP). Ferreyros no coincidía con la opinión de Nieto por temor a que se repitiesen los desórdenes del año 22.

etc. Santa Cruz era “Jetiscan”; Orbegoso “mula grande”, “elefante”, “alfajor de tres tapas”, “Fray Luis de Chuquisongo”; Guarda, gobernador del Callao, “pavo novio” y “dama soldado”; Nieto, Gallineta; otros generales de Santa Cruz, Huevo-huero, Ama seca, Tartamudo, cabritilla, Veloverde. Desde el número 2 *El Periodiquito* comenzó a amenazar a los extranjeros mediante supuestos diálogos entre “el inglés y una limeña” en que el inglés defendía a Santa Cruz.²⁵⁹ Los acusaba de esparcir rumores contrarios al gobierno, de entrar en suscripciones sediciosas, de repartir pasquines; sobre todo, de alabar a Santa Cruz.²⁶⁰

También apareció en forma de volante un papel impreso titulado “Compatriotas” con el objeto de incitar al pueblo de Lima “cuando se diera la voz” al asesinato de los extranjeros, repitiendo con ellos las *Vísperas Sicilianas*. No dejaron de oírse en la calle intermitentes gritos de “mueran los extranjeros”. Los agentes diplomáticos y consulares se reunieron en casa del Dr. Cañedo, ministro de Méjico, decano de aquel cuerpo y acordaron firmar un protocolo, ir en corporación donde la autoridad suprema para solicitar que procediera a la averiguación y castigo de los autores del volante y del periódico mencionados y que tomara las medidas necesarias para hacer efectivas las seguridades de los súbditos y ciudadanos extranjeros (10 de septiembre). Después de esta entrevista el canciller peruano, Dr. Lazo, ofició al cuerpo diplomático aseverando que se adoptarían las medidas convenientes para descubrir al autor de la hoja anónima; pero que en cuanto a *El Periodiquito* la imprenta era libre y las leyes daban acción a los agraviados para que acudiesen a los jurados para lo cual los impresos llevarían siempre el nombre del impresor. Reunido nuevamente el cuerpo diplomático firmó un nuevo protocolo diciendo que la reclamación había tenido carácter internacional y por

²⁵⁹ “No conoce Ud. —decía el N.º 2— que la plebe cuando lleguen a su colmo las medidas que UU. ponen hoy en planta para trastornarlo todo a mano armada atacaría a UU., los saquearía y haría de UU. un San Francia que nadie podría evitar?” “No, no, señorita, nuestras Escuadras... Malditas sean sus escuadras ¿valdrían éstas cuando llegase el caso de darles un golpe de mano?”

²⁶⁰ “Pero señorita ¿qué es lo que han hecho los señores extranjeros en Lima? —No guardar neutralidad, ingerirse en las contiendas y diferencias de los peruanos, atizar el odio y rencor de los partidos y procurar que el país nunca pueda tener orden ni arreglo. Algunos han usado de tan poca delicadeza y decoro que se han jactado de causarnos males y para que ellos sean más efectivos y más crueles se han plegado al usurpador del país, al tirano Santa Cruz, por él están decididos abiertamente. La otra noche estubo aquí, don Guillermo y disparató tanto y ensalzó tanto a su amigo como él llama al idiota jetón que tuve un mal rato... Pobres de los peruanos si en Inglaterra u otra nación tuviesen el más ligero desliz; no los tolerarían un momento; pero nosotros estamos condenados a que en nuestra casa todos los extranjeros quieran mandar” (*El Periodiquito*, N.º 3. Ver en el número 5, “El inglés y la limeña” y en el N.º 6 “Diálogo entre una señorita limeña y un mercachifle”).

tanto no podía haberse dirigido a los tribunales, que debía habersele dado curso sin menoscabo de la libertad de imprenta y que las medidas prometidas no eran suficientes. Vino entonces un cambio de notas con la cancillería hasta que el cuerpo diplomático protestó de la conducta del gobierno en este incidente.²⁶¹

Con motivo de la declaratoria del bloqueo del Callao el 11 de septiembre los agentes de Francia, Estados Unidos y la Gran Bretaña habían solicitado prórroga de algunos días. El 13 se dirigieron al general en jefe del Ejército Restaurador, general Bulnes, declarando que no reconocían el bloqueo; e instados a explicar la causa de su conducta respondieron que faltaba al bloqueo una declaración formal y que el Callao no estaba bajo el dominio del general Santa Cruz a cuyo gobierno solamente había declarado Chile la guerra. Esto motivó la declaración de guerra del gobierno chileno a Orbegoso (17 de octubre de 1838) y el decreto oficial del bloqueo del Callao de la misma fecha.²⁶²

Las necesidades de la requisita crearon pronto otro incidente. Una partida de soldados chilenos estaba una tarde en el puente de Lima deteniendo a cuanto caballo pasaba con o sin jinete. El médico escocés Guillermo Mac Lean fue también detenido; se resistió a consentir en la requisita y fue herido levemente en la cara. El cónsul general inglés protestó airadamente de este atropello ante el gobierno peruano y —significativa reiteración— ante el general Bulnes.²⁶³

El 2 de octubre la corbeta británica "Ymogene" atracó al costado de la corbeta chilena "Libertad". Al día siguiente, el almirante Ross, jefe de

²⁶¹ Colección de los tratados, convenciones, capitulaciones, armisticios y otros actos diplomáticos y políticos celebrados desde la Independencia hasta el día, por Ricardo Aranda, tomo x, Imp. del Estado, Lima, 1907, p. 239 y siguientes. Reproducido en *Las relaciones entre Méjico y el Perú*. Archivo Histórico Diplomático Mejicano, 1923, tomo 4, p. 37 y siguientes.

²⁶² *El Peruano*, N.º 13 de 5 de octubre de 1838, N.º 22 de 6 de noviembre. Oficios de Bulnes cit. Sotomayor Valdés, III, p. 427.

²⁶³ Las notas de Wilson que se conservan en el Archivo de Límites son de una dureza extrema. El gobierno las publicó en forma parcial e incorrecta, según el propio Wilson (*El Peruano*, N.º 7). Inclusive el agente británico llegaba al sarcasmo personal. "El Sr. Lazo —dice en su nota de 15 de Septiembre— aduce un cargo al infrascrito por la omisión de haber protestado contra el armamento de los castillos del Callao donde están situados los almacenes de la Aduana; pero seguramente el Sr. Lazo que era el único ministro del gobierno del general Orbegoso a tiempo que en la mayor parte se verificaba esta obra, no habría consentido en tal acto de ingerencia con la defensa militar de una nación para resistir a la invasión próxima a su territorio por un ejército extranjero; tampoco las circunstancias de haberse efectuado esta invasión bajo el carácter de una Restauración chilena varía en nada la cuestión viéndose que la tal proyectada Restauración chilena fué solemnemente protestada y resistida como una invasión por el gobierno que entonces sirvió el señor Lazo." (En el Archivo de Límites.)

la escuadra inglesa, atracó la fragata "Presidente" al otro costado intimando orden al comandante García del Postigo de no mover sus buques hasta que el ultraje a Mr. Mac Lean no fuera reparado. Ante las promesas de perseguir a los culpables y las amenazas de represalias hechas por parte de Bulnes, el cónsul Wilson obtuvo el apaciguamiento de Ross que salió con su escuadra a Chorrillos. Las conclusiones del sumario practicado indignaron a Wilson limitándose la cancillería a acusar recibo de su nota y a ponerla en conocimiento del jefe del ejército chileno. La demora en la causa ordinaria seguida a un inglés llamado Bultes dio nuevos pretextos de quejas a Wilson.

El gobierno de Gamarra, pues, si bien significó el entronizamiento de la intervención chilena, significó asimismo una resistencia frente a los demás extranjeros.²⁶⁴

8. Convención militar de subsidios. Bulnes, general en jefe del ejército

Durante estos meses, el gobierno de Gamarra firmó algunos documentos importantes para la campaña. Uno de estos fue la convención militar de subsidios (entre Bulnes y el canciller Lazo con fecha 12 de octubre). El Perú quedó obligado a proporcionar al Ejército Restaurador, sin cargo alguno para Chile, los recursos de todo género que eran necesarios para las operaciones de la guerra, debiendo empezar a correr por cuenta del primero los gastos originados por el ejército desde su desembarco. Los sueldos del ejército y la marina chilenos serían los mismos que disfrutaban en Chile; y debían además ser de cuenta del gobierno del Perú el suministro de rancho, hospitalidades y vestuario sin cargo alguno ni descuento de sueldos o haberes de ella. Los sueldos y gratificaciones de los jefes, oficiales y empleados en el ejército y escuadra de Chile serían los mismos que gravaban en el Perú los de sus respectivas clases, siempre que no fuesen inferiores a los de Chile, en cuyo caso disfrutarían los señalados en sus nombramientos o despachos. El pago de los jefes, oficiales y empleados mencionados correría por cuenta del gobierno del Perú sin cargo alguno al de Chile desde el mes inclusive en que zarpó la

²⁶⁴ "Estoy siempre fijo en mis opiniones respecto de las fuertes potencias —escribía Ferreyros a Gamarra— nada de tratados ni de cónsules y agentes diplomáticos ni de estaciones: ni un buque de guerra extraño quiero en los puertos americanos. Que el niño ataque el pan del gato o este quiera quitar su pan al niño ¿cuál de los dos saldrá en todo caso arañado?" (Ferreyros a Gamarra, desde Guayaquil, 18 de diciembre de 1838. En la BNP.

expedición de Valparaíso. El Perú quedaba obligado a pagar el flete de los trasportes que condujeron al Ejército Restaurador, y a trasportar de su cuenta a Chile el ejército una vez terminada la campaña. Quedaban a disposición del gobierno peruano la "Santa Cruz" y el "Arequipeño". Los refuerzos serían considerados en la misma forma que la estipulada en este convenio. Los artículos de guerra y boca y los suministros que se hicieren por Chile para el uso y consumo del ejército o por vía de préstamo o suplemento al Perú serían pagados por éste.²⁶⁵

Si de un lado el canciller Lazo a nombre del gobierno de Gamarra cumplía con cargar sobre el escualido fisco peruano los gastos del ejército chileno y de la campaña restauradora, de otro lado quiso dar apariencias autónomas a su gobierno. Por decreto de 15 de octubre, alegando Gamarra que las fuerzas peruanas y chilenas debían marchar bajo un solo jefe, y que las atenciones de la administración no le permitían ser general en jefe de las fuerzas unidas cuyo supremo mando y dirección debía ejercer en la campaña inminente, nombró para el arduo cargo de general en jefe al general Bulnes. Designación innecesaria y formulista pero acorde con los compromisos contraídos al iniciarse la expedición.²⁶⁶

Por decreto de 10 de octubre convocó también Gamarra un Congreso nacional que debía reunirse en Lima el 9 de diciembre siguiente y cuyos diputados serían elegidos conforme a la Constitución de 1834 y a las leyes dictadas por la Convención de ese año. En las provincias bajo la autoridad de Santa Cruz los naturales y vecinos de ellas que residían en Lima elegirían provisionalmente los respectivos diputados como se había hecho para el Congreso de 1822.²⁶⁷

9. La opinión en Chile. Refuerzos para los Restauradores

El propósito de Gamarra y los suyos era la guerra, la guerra implacable. Las circunstancias los ayudaban. Un desastre del ejército chileno, aunque no hubiera sido decisivo, habría provocado en Chile un movimiento

²⁶⁵ Aranda, colección de tratados cit. Tomo IV, 1892, pp. 47 a 49. Cuéntase que La Fuente, uno de los principales restauradores en su vejez era senador cuando se discutió el tratado de alianza con Bolivia. Habiendo opinado que este tratado traería a los chilenos otra vez al Perú, alguien le interrumpió diciendo que él los había traído en 1838. La Fuente repuso: "Los trajimos bien pagados. Ahora vendrán como invasores".

²⁶⁶ El Peruano, N.º 18 de 23 de octubre de 1838.

²⁶⁷ El Peruano, N.º 15 de 12 de octubre de 1838.

y acabado con los ministros que mantenían la guerra.²⁶⁸ Ese desastre no se produjo. Chile mandó refuerzos. También envió al señor Egaña como ministro ante el flamante gobierno de Lima: nuevos motivos de celos para los restauradores porque Egaña no era de su grupo.²⁶⁹ La llegada de don Felipe Pardo a Chile y las cartas de Martínez servían en tanto para desprestigiar a Gamarra; decían que tanto él como La Fuente eran aborrecidos por los pueblos, que sin ellos Santa Cruz habría perecido, que el Ejército Restaurador estaba cerrado por los montoneros, que no tenían un real y que sembraban los caminos de desertores y enfermos. Otros hallaban en Gamarra excesiva blandura, pues había dado puestos a gentes que tenían un pasado culpable de santacrucismo u orbegosismo.

La nueva misión Egaña tenía como origen la persistencia de la Gran Bretaña para plantear sus buenos oficios y como objeto nominal “observar atentamente la situación del Perú, estudiar la opinión de sus habitantes con respecto al sistema federal y calcular las probabilidades de suceso en la empresa de la Restauración. Pensaba el gobierno (chileno) que el reconocimiento de la Confederación propuesto por la potencia mediadora no podía fundarse sino sobre la suposición de que los medios empleados para el establecimiento de aquella habían sido justos y legítimos”.²⁷⁰

10. El ambiente de Lima durante la primera ocupación chilena

Lima vivió unos días curiosos durante este tiempo. Abundaban las “bolas”. Los montoneros pululaban por los alrededores: Bao en Canta, Rivas y Giménez en Yauli; y por otro lado, en diversos sitios, Ninavilca, Rayo, Remolina... Las campanas repicaban y había música callejera ante el menor anuncio favorable a los restauradores: la noticia del pronunciamiento del sur, la actitud de Vidal, la entrada de La Fuente en Trujillo, el combate de Matucana. La recluta era incesante. El teatro estaba clausurado. Las contribuciones abundaban; y a algunos propietarios se les

²⁶⁸ Izquierdo a Gamarra, 7 de octubre de 1838. Archivo de la BNP.

²⁶⁹ “Este señor, como Ud. conoce, es testarudo, no lo creo su amigo y tal vez quiera variar la influencia política me parece que muy a destiempo y siendo también muy pusilánime y cobarde quiera tentar otro Paucarpata. Por de contado, la pandilla de Pardo y Vibanco será la primera en rodearlo y lo que pueden decirle Ud. lo conoce”, (ídem, id.). En su carta siguiente Izquierdo insiste en que a pesar de la ocupación del norte y la victoria de Matucana, Egaña está prevenido en contra de Gamarra (17 de octubre).

²⁷⁰ Mensaje del Presidente de Chile el 1° de junio de 1839.

exigía 200 pesos o la entrega de un caballo. El baile del 18 de septiembre se hizo notar por la inasistencia de la sociedad más encumbrada, de la cual concurrió sólo la señora La Fuente. Las prisiones abundaban; Necochea, García del Río, Aparicio, Ross, Díaz de la Peña, Ganosa, Loyo, Herrero, Solar, Samudio, Quiroz, Guido, Álvarez, Galdeano, Aramburú, Reyna, Telles, Perla, la señora Valle Riestra, las señoritas Úrsula Valdés, Carmen Manrique de Lara, Armaza y Rivero son nombres de perseguidos. Antiguos amigos de la Restauración como Martínez y Rodulfo estaban escondidos.²⁷¹

11. Nuevas derrotas de los argentinos

Si había surgido una fuerte amenaza en el norte para Santa Cruz, nuevamente el peligro del sur habíase ya desvanecido. Santa Cruz había declarado terminada la campaña contra los argentinos demasiado prematuramente, pues a principios de junio de 1838 fuerzas argentinas empezaron a amenazar Tarija. Pero una columna boliviana alcanzó a dispersar y perseguir a una división argentina en el punto llamado Iruya (11 de junio de 1838). Al grueso de las tropas invasoras, mandadas por el coronel Gregorio Paz, pudo también vencer el general boliviano Brown en compañía del general O'Connor, hacendado de la región en la acción de Montenegro (24 de junio de 1838). En realidad, no hubo resistencia argentina en Montenegro. El avance de los bolivianos fue conocido en el campamento argentino por la polvareda que delató su marcha; hubo tiroteo mientras los bolivianos subían una meseta en pos de sus enemigos pero luego ellos se dispersaron en las alturas, los huecos y las ensenadas. La persecución fue larga. Gran cantidad de almofreces, petacas, caballos cansados, jergas, aperos quedaron abandonados por los fugitivos. Los coraceros para atravesar el río de Cuyambuyo arrojaban las corazas para aligerarse.

La sequía y una plaga de langostas fueron alegadas luego por el general argentino Heredia para explicar la paralización de la campaña. En realidad, ella se produjo por la inferioridad de las fuerzas argentinas, tropas de tipo montoneril, y por la pobreza y las dificultades políticas en que estaba el gobierno del Plata. El 12 de noviembre de 1838 el general

²⁷¹ Diario de los sucesos ocurridos en Lima (El Eco del Protectorado, N.º 121 a 128 y N.º 132). Cartas particulares, archivo de la BNP.

Alejandro Heredia fue asesinado por una partida de militares; no faltando con tal motivo acusaciones de culpabilidad contra Santa Cruz.²⁷²

12. Plan frustrado de invadir Chile

Después de la muerte de Heredia, concluida, entonces así, la campaña contra los argentinos, el general O'Connor buscó hombres prácticos de los caminos a Chile y con ellos formó un itinerario de las jornadas desde Tupiza a Copiapó, atravesando la quebrada de Antofagasta por una abra que cae a la costa tan honda que se podía pasar en carruaje y por la cual se llevaban corderos desde Atacama al mercado de Copiapó. Este itinerario constaba de dieciocho jornadas cómodas. Escribió O'Connor a Santa Cruz al respecto manifestándole que no había quedado un soldado en Chile y que si daba la orden de llenar de numerario las cajas de los cuerpos por dos meses, él se comprometía a situarse con el ejército del sur en cualquier punto de la república de Chile. Santa Cruz repuso que la proyectada diversión estratégica era inmejorable pero que contando con un buen ejército esperaba escarmentar a los insolentes invasores.²⁷³

13. Santa Cruz ante la invasión chilena y la defección norperuana

La noticia de la defección de Orbegoso se publicó por el órgano oficial del Protectorado el 11 de agosto. Venía Santa Cruz de Bolivia y, antes de seguir viaje a donde las necesidades de la guerra con Chile lo llevasen, se ocupaba de dictar providencias administrativas; creando nuevas provincias, una Corte Superior en el Cuzco, un colegio de mujeres también en el Cuzco, reemplazando por sus nulos resultados la institución de los Protectores de Indios, prohibiendo el abuso en el pedido de bagajes menores

²⁷² Memorias de O'Connor cit., pp. 270, 277, 282 con algunos detalles de testigo y actor. El Eco del Norte, 28 de julio de 1838; El Araucano, 2 de noviembre de 1838. En carta de Allende a Gamarra, aludiendo al asesinato de Heredia y a la posibilidad de que la mano de Santa Cruz estuviera oculta allí, decía: "Pero con esa muerte el único que ha perdido es Santa Cruz porque cualquiera que reemplace a Heredia no será tan borracho, tan ladrón y tan cobarde como el finado". (Archivo de la BNP.) Una relación del asesinato publicada en El Mercurio de Valparaíso de 12 de marzo de 1839, concluye diciendo: "Por lo que a mí toca, creo que el general Heredia ha sido víctima de sus excesos y sus excesos efecto de las circunstancias tormentosas y complicadas en que lo puso la falta de recursos".

²⁷³ O'Connor, Memorias cit., pp. 283 y 284.

al pasar el ejército por los pueblos, prohibiendo que los indios fueran obligados a la fundición de barras, etc. Fogosamente proclamó Santa Cruz a los pueblos nor y sur peruanos: la victoria de los chilenos habría sido inevitable sin la defección de Orbegoso; los chilenos traían la humillación y la ruina; no era tiempo de tratar de arreglos políticos “que haréis a vuestro arbitrio y como más convenga a los intereses de los Estados, cuando hayáis obtenido una paz honrosa”; la actitud de Orbegoso sólo provocaría la conquista y la anarquía; el ejército Perú-Boliviano era invencible. También escribió a Orbegoso una extensa carta refutando la que éste le había dirigido después de su pronunciamiento.²⁷⁴

Santa Cruz despachó al norte una división al mando del general Herrera que tenía el título de general en jefe del ejército del Norte y Presidente del Estado Surperuano; con motivo de las críticas que se habían hecho a este nombramiento y ocupado Herrera en la guerra, fue nombrado presidente del Sur, Pío Tristán. Invocando el hecho de que Orbegoso había cesado en su autoridad legal al defecionar y que había contrariado los votos y las resoluciones del Congreso de Huaura, única fuente de su poder, para cuyo cumplimiento le fueron delegadas las facultades respectivas, nombró Presidente provisorio del Estado Norperuano al mariscal don José de la Riva-Agüero y como vicepresidente al general de brigada don Pedro Bermúdez (Decreto de 11 de agosto de 1838).²⁷⁵ Con fecha 18 de septiembre convocó a la reunión de una asamblea para determinar la suerte del país: debía reunirse una asamblea del norte en Lima y otra del sur en Cuzco, efectuándose las elecciones 15 días después de que terminara la guerra contra el enemigo común.²⁷⁶

14. Santa Cruz planea y prepara la independencia del sur del Perú

Entre los decretos que dio Santa Cruz en el Cuzco, el que convocó a sendas asambleas en Lima y Cuzco tuvo una virtualidad a la que no se ha prestado la debida atención. Ya con fecha 13 de marzo había convocado un Congreso Plenipotenciario en Arequipa para que se pronunciará sobre la continuación o disolución de la Confederación.

Este decreto había tenido como origen principal la oposición existente en Bolivia contra el pacto de Tacna, de la que había sido un reflejo

²⁷⁴ Carta citada más atrás a propósito de la expedición Freire.

²⁷⁵ El Eco del Protectorado, N.º 122 de 19 de septiembre de 1838.

²⁷⁶ El Eco del Protectorado, N.º 124 de 22 de septiembre de 1838.

las discusiones del Congreso de 1837. El doctor Buitrago, uno de los que habían redactado dicho pacto, fue su más ferviente opositor. El señor Torrico empleó en vano su dialéctica para defenderlo y tuvo que declarar a nombre del Congreso que “jamás se consideraría el pacto”. Pero el acta fue falsificada y en vez del “pacto no se considerará jamás” se puso “no se considerará por ahora”. Y fue así como el Congreso de 1838 reunido extraordinariamente en Cochabamba, que mereció el nombre de “canalla deliberante”, atemorizado con la prisión de algunos diputados y la presencia de Santa Cruz aprobó este pacto (31 de mayo de 1838). Sin embargo vino la convocatoria al Congreso de Arequipa, luego transformada a los congresos especiales del Nor y Sur Perú y Bolivia. ¿Por qué esta convocatoria sucesiva?

Es que no había dejado de influir sobre el ánimo de Santa Cruz la actitud de Orbegoso, de Nieto y del Norte. Volvía a rumiar ahora aquella vieja idea de la segregación del sur, nacida cuando Bolívar aceptó la fundación de Bolivia y soñó la federación de la nueva República con el Perú; sostenida por Lazo prefecto de Puno en 1826; perseguida por el propio Santa Cruz en aquel año, desde su sitial de Presidente del Consejo de Gobierno del Perú; conversada para derribar a La Mar, entre Santa Cruz, Gamarra y La Fuente; intentada por los amigos de Santa Cruz en 1829, según lo revelaron las prisiones hechas en Arequipa ese año por Castilla y Amat y León; defendida por el deán Valdivia desde las columnas de El Yanacochoa en 1836 en oposición a la idea de Confederación; reaparecida en las negociaciones entre Olañeta y Nieto en 1838.

“Convento —escribía Santa Cruz a Calvo, encargado del mando en Bolivia— en que la fusión del sur (del Perú) con Bolivia no será acaso conveniente; pero al fin quiero saber cuál es el partido al que Ud. se inclina en el caso de deshacerse la confederación. La independencia del sur a la que estoy dirigiendo todas mis medidas, creando intereses propios, es en verdad lo que más conviene a la seguridad de Bolivia; siendo ese mismo el resultado más cierto de la Confederación si durase algunos años. Más, en ese caso, ¿renunciaremos a toda indemnización por todos nuestros sacrificios? Arica sería un buen compensativo pero imposible de obtener por voluntad. En queriendo tomarlo por la fuerza, tendríamos que luchar otra vez, dando sin duda un buen motivo para la reunión del Perú, a que siempre debemos oponernos como el mayor de nuestros enemigos”.²⁷⁷

²⁷⁷ “La proscripción y la defensa de Mariano Enrique Calvo”, p. 4, Carta de 26 de septiembre. Calvo publicó también su respuesta “lo que sí no me parece político ni llano es tratar de hacer una nación compacta del sur y de Bolivia. Ya he dicho a Ud. en mis anteriores lo que siento a este respecto y ahora para no volver a tocarlo, sólo recordaré a Ud. que en

Tal era el pensamiento político de Santa Cruz en aquella época. Directa o indirectamente resultaba ahora un enemigo de la unidad del Perú como reacción contra la intransigencia nacionalista de este país.

Entre tanto, debía vencer a los chilenos. El norte volvía hacia él los ojos, convencido de su impotencia ante los invasores que habían excitado la indignación lidiando con Orbegoso y el repudio con sus exacciones. El Callao tenía tanta importancia que si caía, la guerra resultaría muy larga y azarosa. Por fin, se unió, pues Santa Cruz a las divisiones Herrera, Otero y Morán. Para la custodia del sur quedó una división a cargo de Cerdeña. Numerosos particulares habían escapado de Lima cuando entraron los chilenos y habíanse unido al ejército confederal: Riva-Agüero, Tristán, Echenique, Saco, Pardo de Zela, etc. Teniendo Jauja como base, el ejército confederal llegaba con sus avanzadas hasta Santa Eulalia donde estaban los generales Herrera y Otero; y la vanguardia hasta Chacacayo con Morán.

15. Orbegoso se alía nuevamente con Santa Cruz

Después de su primera impresión de rabia ante la actitud de Orbegoso, Santa Cruz varió de táctica. Su periódico oficial dijo en un editorial que Olañeta había sido nombrado como ministro plenipotenciario donde Orbegoso con el fin de allanar todas las desavenencias y arreglar las relaciones posteriores.²⁷⁸ Santa Cruz escribió particularmente a Orbegoso en tono muy distinto al que había empleado en la respuesta que le diri-

esto mismo pensó Ud. antes de la Confederación, en época por supuesto más favorable que la presente para emprenderlo: entonces todo el sur huyendo del despotismo y de la anarquía al mismo tiempo que de la supremacía de Lima clamaba por unirse a nosotros y parece que algo tuvo Ud. que trabajar para que la Asamblea de Sicuani no se pronunciase en este sentido: entonces Bolivia, orgullosa y deslumbrada con los triunfos de Yanacocha y Socabaya habría visto la cosa si nó con agrado, por lo menos con poca repugnancia: ahora es todo lo contrario, los pueblos del Perú si es de creer a los que han venido de ellos, empezando desde el señor Torrico, están cansados de la intervención boliviana; nos ven como a sus conquistadores y opresores; los de Bolivia nunca han podido digerir esta amalgama; y después de todo lo ocurrido con motivo del pacto de Tacna, éste sería un nuevo y más precioso pretexto para que retozasen los malvados... ¿Cómo se haría la fusión? ¿Conservando Bolivia alguna superioridad o cediéndola al sur? Tan malo es lo uno como lo otro y conservar un justo medio es tan imposible como inútil y perjudicial: conservando el sistema representativo no haríamos más que traer a nuestros congresos una semilla infernal de anarquía y desorden; en una palabra, si por nuestra pequeñez y nuestros principios republicanos no podemos pensar en agregarlo como conquista, mejor es tratar de consolidar la independencia y separación del norte que nos proporciona casi todos los bienes de la unión sin exponernos a sus males”.

²⁷⁸ El Eco del Protectorado, N.º 125 de 26 de septiembre de 1838.

giera públicamente, después de la defección; le ofreció amistad y un arreglo razonable en los negocios públicos. Con fecha 20 de septiembre díjole que había visto su profesión de fe política escrita en las fortalezas el 1° de septiembre, que se conformaba con gusto con todos sus artículos y que no quedaba en qué pensar más que en hacer la guerra a los invasores. A García del Río escribió con fecha 2 de octubre diciéndole que lo autorizaba para dar a Orbegoso cuantas garantías quisiese de su amistad particular y sobre los asuntos públicos; “venzamos a los chilenos —decía— y luego nos será fácil entendernos entre amigos cuyos fundamentos están enteramente ligados sobre el fundamento de la seguridad común”.

Orbegoso lanzó una proclama a los peruanos anunciándoles la buena nueva. Recordaba los móviles y el significado del movimiento de julio tantas veces repetidos y recordaba también su desvinculación de ese movimiento (“Os dije en 30 de julio que cedía a vuestro impulso a destiempo... Vuestro celo os hizo elegir un mal momento”). Repetía además sus denuestos contra Chile y Gamarra y decía luego: “S. E. el Presidente de Bolivia que había recibido de sus sicofantas las primeras noticias de nuestra regeneración como de nuestra defensa y parecía obrar contra nuestros intereses y vuestra voluntad pronunciada ha arrojado la venda de sus ojos y conocido nuestra moderación y nuestra justicia. Sus últimos documentos lo comprueban: me ha escrito particularmente con fecha 18 y 20 de septiembre (y aquí publicaba lo ya expresado). “Amigos: A S. E. el general Santa Cruz puesto a la cabeza de un ejército numeroso, aguerrido, disciplinado y compuesto en su mayor parte de peruanos había reservado la providencia la gloria de castigar el orgullo de nuestro enemigo y los suyos; de vengar los ultrajes de la Patria y la sangre derramada el 21 de agosto. Pero esta gloria no es comparable a la otra que la ha brindado la fortuna al mismo tiempo. Nada es proporcionar bienes a los pueblos para arrebatárselos luego, ni una victoria fácil basta para ilustrar. Salvar la libertad para afirmarla, ser su custodio, concederla a los pueblos, hacer felices las generaciones y emplear el poder para engendrar la paz, es representar a Dios sobre la tierra y este es el puesto que la fortuna ha prestado al general Santa Cruz. Conviniéndose con mi declaración de fé política, él la ha profesado; y es imposible que se proponga cambiar la inmensa gloria de que va a cubrirse con la execración de todo el mundo y las maldiciones de todos los pueblos libres de la tierra... Yo estoy seguro de encontrar en el general Santa Cruz la garantía que demanda el honor nacional y mis venerandos y gratos compromisos. Sin esto, en torno del pabellón nacional pereceríamos el resto de los ciuda-

danos armados en defensa de la patria; y si su exterminio estaba decretado, sería la obra exclusiva de la fatalidad, para vivir en la inmortalidad y en la gloria. No será así. La Providencia pone al arbitrio del general Santa Cruz la victoriosa aclaración de su conducta. El va a hacer ver que un error de concepto, la artificiosa adulación de los encubiertos, interesados enemigos de la patria y esa guerra de cuya responsabilidad le ha salvado la conducta de los invasores, le hicieron ver en las necesidades públicas la exigencia de una autoridad monstruosa. Compatriotas: Cooperemos todos a la destrucción del común enemigo y que en su derrota vea el mundo castigado la perfidia más atroz de un ejército que, bajo el colorido de ayudarnos a la fuerza a recobrar la libertad, clavó en nuestros pechos sus aceros alevosos... Cesen para siempre nuestros males. Oigamos la deliberación del cuerpo soberano que ha de pronunciar nuestra futura suerte. Cantemos himnos a la libertad y a la victoria y aprovechemos las dolorosas lecciones que nos ha producido el infortunio".²⁷⁹

Con esta esperanza no exenta de recelos, Orbegoso rechazó una nueva gestión de paz que hizo el plenipotenciario Egaña.²⁸⁰

16. El ejército chileno-peruano evacúa Lima

Ante la noticia de la llegada de Santa Cruz a Tarma, en Lima se comprendió que la batalla era inminente. El 29 de octubre se realizó una junta de guerra en el palacio de Lima con la concurrencia de Gamarra, Bulnes, Castilla, Cruz, Garrido, Torrico y Plasencia. Convínose en aquella junta en el peligro de esperar al enemigo. Las enfermedades diezaban al ejército al extremo de tener más de mil hombres fuera de combate o sea la cuarta parte del efectivo; las tropas peruanas carecían de disciplina suficiente; los montoneros rodeaban a la capital y no permitían alejarse del centro a los que estaban en ella o de sus cuarteles a los que estaban acampados en los pueblos y haciendas vecinas, impidiendo la entrada de provisiones; espías de todas las clases sociales daban a Santa Cruz minuciosas y constantes informaciones, esparcían noticias alarmantes y traían y llevaban correspondencia; las extorsiones y excesos afligían y enojaban al pueblo; la guarnición del Callao podía atacar al

²⁷⁹ Al público americano. Documentos interesantes sobre los actuales acontecimientos del Perú, Guayaquil, Imp. M. I. Murillo, 24 de noviembre de 1838. — Fechada el 26 de octubre. También incluye una carta a Santa Cruz fechada el 28 de octubre, en los mismos términos.

²⁸⁰ Sotomayor Valdés, ob. cit., III, p. 404.

ejército chileno por retaguardia. Se acordó, sin embargo, aparentar que se aguardaría al enemigo en una posición a vanguardia que se delinearía; y marcar otra posición en Aznapuquio para ocuparla y combatir en caso de que Santa Cruz obrase con rapidez. Si no se producía este caso, el ejército se retiraría a la línea de Huaraz a Lima donde el clima era más sano y las subsistencias más numerosas y donde además la topografía favorecía la guerra defensiva dando tiempo así para reponer y disciplinar la tropa y reforzarla con los nuevos auxilios que el gobierno de Chile prometía enviar; Santa Cruz, en tanto, sufriría los efectos del clima de Lima al que no estaban acostumbrados los soldados de Bolivia ni los de la sierra peruana y tendrían al fin que emprender una campaña larga y penosa.²⁸¹

Los lugares mencionados fueron marcados por Gamarra acompañado por Plasencia y Torrico. Después de algunos movimientos de tropas de acuerdo con aquel plan, en otra junta de guerra (3 de noviembre) con la presencia de Gamarra, Bulnes, Castilla, Cruz, el plenipotenciario Egaña y el secretario general Barra se ratificó la decisión de la retirada. Los enfermos y el equipo sobrante de la tropa fueron embarcados en Chorrillos; inutilizadas las máquinas de la fábrica de pólvora se pusieron a bordo la mayor parte de sus piezas; se acopió bestias de silla y se recogió todo el ganado vacuno de los valles inmediatos; se previno a la división sitiadora del Callao que marchara a Aznapuquio y a la escuadra que pasase a Ancón dejando en Chorrillos una goleta con advertencias para los barcos que llegaran de Chile o del norte. Se tomaron las precauciones para evitar un golpe de mano o de sorpresa.

El 8 de noviembre la agitación militar fue el anuncio visible de la retirada. A las cinco, dada la señal convenida, desfiló por la capital, saliendo por el puente, la artillería tirada y luego el resto del ejército. Castilla quedó en la plaza con un batallón y un escuadrón de cazadores para proteger la salida de los rezagados o extraviados. El batallón se retiró a las diez de la noche y el escuadrón a las doce. A esa hora el general en jefe regresó a la plaza y comunicó a Castilla la orden de salida final. Según el historiador Bulnes, los muchachos de Lima cantaban al pasar el ejército aquellas coplas populares:

Desde estas torres
sobre estos muros
lamento y lloro

²⁸¹ Diario Militar cit., p. 44.

de noche y día
la sangre ilustre
que el araucano
derramó en Guía.

La demora de Santa Cruz en avanzar sobre Lima, perdiendo una oportunidad admirable para batir a sus enemigos, fue muy censurada.

17. Entrada de Santa Cruz a Lima

El 9 quedó Lima en acefalía. A las 8 de la mañana del 10 llegó la división Morán y la muchedumbre la detuvo y sin considerar la formación de las columnas se arrojó sobre ella abrazando y besando a los soldados y hasta unos les daban de comer y otros les obsequiaban con licores. Luego siguió la división Herrera acogida entusiastamente, pero con menos fervor. Pero cuando entró Santa Cruz, el entusiasmo se hizo frenético. Las gentes lo detenían y abrazaban; otros se arrodillaban levantando sus manos al cielo; la comitiva apenas podía dar un paso; al llegar a la plaza mayor donde se había estacionado el ejército recibiendo siempre agasajos y aplausos, tantos corrieron hacia el Protector que se produjo una conmoción y poco faltó para derribarlo del caballo y aun sofocarle; nada podían los edecanes ni la misma tropa para cuidarlo. El Palacio estaba desierto, sin sillas, alfombras, catres, sofás ni alumbrado y Santa Cruz hubo de alojarse en casa de don Juan Bautista de Lavalle. Tras de él entraron los Lanceros y Guías de la escolta, la división Armaza, habiendo precedido a la caballería parte de la división Vigil.²⁸² El número total del ejército fue calculado por relaciones particulares en 6000 hombres.

Una vez más el pueblo de Lima revivía sus recepciones cortesanas. Como a San Martín en 1821, a Bolívar en 1824, a Luna Pizarro en 1827, a Orbegoso en 1834, recibía ahora a Santa Cruz. ¿Y el pronunciamiento del norte? ¿Y la impopularidad de "Jetiskan" que había influenciado hasta al propio Orbegoso llevándolo a sublevarse contra su propio gobierno, a ser revolucionario malgre lui como aquel medecin malgre lui que pintó Moliere?

Hay que recordar que los chilenos habían entrado a Lima derramando sangre peruana. No sólo los amigos de la Confederación sino los amigos de Orbegoso y Nieto estaban contra ellos. Santa Cruz había

²⁸² El Eco del Protectorado, N.º 125 de 26 de septiembre de 1838.

lanzado proclamas y decretos tranquilizadores. Orbegoso habíase puesto otra vez en entendimiento con él. Sin los productos de la aduana del Callao, sin las barras de Pasco, sin el apoyo del comercio extranjero, harto disminuido por lo demás, la situación económica del gobierno de Lima había sido desesperada y había suscitado muchas exacciones. Un ejército extranjero ocupante de una ciudad hostil no es tampoco nunca un modelo de moderación; y ya no estaba al frente del ejército chileno Blanco Encalada con sus arrestos de paladín sino Bulnes, soldado genuino.

18. Orbegoso entrega las fuerzas del Callao a Santa Cruz. Versión de Orbegoso

Orbegoso había transado con Santa Cruz sin mandarle un plenipotenciario para firmar un convenio y sin exigirle una declaración pública de sometimiento a la profesión de fe de 1° de septiembre.

Desde Tarma Santa Cruz le pidió ocho piezas de artillería con todos sus útiles y municiones y también una columna compuesta de la infantería que tenía de guarnición el Callao. El mismo día en que Santa Cruz entró a Lima envió al mariscal Necochea al castillo del Callao a pedir la tropa y el armamento diciendo a Orbegoso que los enemigos estaban en Infantas decididos a batirse y que eran urgentes esos auxilios. Orbegoso a pesar de que no había recibido contestación de algunas notas envió los auxilios esa misma noche con el general Guarda, gobernador de la fortaleza. En el Callao quedaron los enfermos, algunos marineros y el desventurado presidente del Estado Norperuano que no había querido ni mandar sus tropas en persona ni regresar a Lima libertada, no obstante que muchos vecinos habían ido a esperarlo. Cuando Santa Cruz obtuvo las tropas del Callao hizo entender a Orbegoso que su ánimo al aceptar la declaración del 1° de septiembre no había sido el de dejar las fuerzas bajo las órdenes del propio Orbegoso; y que creía que todos sus ofrecimientos serían cumplidos reuniendo, después de la derrota de los chilenos, una Asamblea en cada Estado. Al mismo tiempo hizo ir al mismo jefe que estaba a cargo de la tropa, como gobernador de la fortaleza y con la prevención que Orbegoso quedase a sus órdenes.²⁸³

²⁸³ Memorias de Orbegoso, Paz Soldán, p. 321. Breve exposición de Guayaquil, julio de 1839, cit., pp. 28 y 29.

¿Por qué Orbegoso se despojó ingenuamente del único resto de fuerza que quedaba bajo su poder? “El haber convenido en deshacerme —dice él mismo en uno de sus escritos de aquella época— de la guarnición del Callao sin una garantía real que hubiese asegurado el cumplimiento de los ofrecimientos del general Santa Cruz y confiado únicamente en su firma, es el único cargo contra mí que no parece del todo infundado... Ciertamente cometí un error que después trajo funestos resultados a la Patria; y sin el que tal vez ahora no estarían los enemigos gozándose en la suerte de sus víctimas. La premura con que el general Santa Cruz me mandó decir que iba a batir a los enemigos en circunstancias en que despavoridos habían salido de la Capital, en retirada, con fuerzas muy inferiores en todo a las que habían traído y el peligro de que se embarcasen aún perdiendo su caballada y sus bagajes, no me dieron lugar para asegurar las previas garantías que debía exigir antes de mandar la tropa. Por otra parte ¿cómo había de persuadirme que el general Santa Cruz faltase tan abiertamente a un compromiso que había estampado bajo su firma y que le había producido nada menos que ser recibido de los pueblos como defensor, como aliado en lugar de caudillo de una causa detestada generalmente? Su misma posición, su rango, su fama, la gloria de que iba a cubrirse, eran otras tantas garantías para mí. Obré ligeramente, lo confieso, y sufro las consecuencias de aquel error y las sufrí desde entonces mismo”.²⁸⁴

La divergencia que surgió entonces giró alrededor del deseo que Orbegoso tenía de conservar el mando de sus tropas, como presidente del Estado Norperuano hasta que se reuniera la representación nacional; este era uno de los puntos de su declaración de 1° de septiembre a la que se había sometido Santa Cruz.

19. La entrega de las fuerzas del Callao. Versión de Santa Cruz

Años más tarde Santa Cruz aludió a estos hechos. A él no le fue dable —dijo— reconocer a Orbegoso como presidente del Estado Norperuano. El título de Orbegoso provenía del alzamiento que hizo contra la Confederación; aceptarlo era declarar anulada la autoridad protectoral y disuelta la Confederación, en cuyo caso Santa Cruz no tenía derecho para estar en Lima ni para combatir a los chilenos. Conforme a los decre-

²⁸⁴ Breve exposición de Guayaquil, julio de 1839, cit., pp. 30 y 31.

tos expedidos por las asambleas de Sicuani y Huaura, sigue diciendo Santa Cruz, él era la sola autoridad legal de los Estados del Perú; y los actos ilegales y tumultuarios de julio no eran bastantes para destruirlos. El anuncio publicado en El Eco del Protectorado sobre el posible envío de un comisionado ante Orbegoso, aparte de carecer de valor estrictamente oficial, se refería a la misión de atraerlo otra vez a su deber e impedir su unión con los chilenos. Respecto a la carta privada a Orbegoso, decía Santa Cruz: "Contestaré a aquel cargo confesando paladinamente que en medio de la multitud de negocios graves que llamaban mi atención cuando escribía la carta agitado por la idea de fatales consecuencias para la causa pública, de la pérdida del Callao y deseoso de conciliar en cuanto fuese posible las pretensiones del general Orbegoso, no me fijé mucho en la naturaleza de todas las que contenía el papel que dió a luz acerca de su profesión de fé política: en aquel momento en que todo era incierto y en que no debíamos pensar en más que debelar al enemigo, no hice alto en la solicitud del general Orbegoso de permanecer en las fortalezas como autoridad independiente hasta que se reuniese la Representación Nacional; y juzgando que esta reunión sería el objeto importante de sus aspiraciones, no dudé en prometer mi aquiescencia a sus demandas, pues yo también anhelaba reunir la Representación Nacional de los tres Estados. Este fué mi error, que tal vez merezca alguna disculpa, tanto por las circunstancias ya expresadas cuanto por la consideración de ninguna seguridad que la interposición de fuerzas enemigas ofrecía para la correspondencia; lo cual me obligaba a no entrar en tantos pormenores y a contraerme tan sólo a las materias de interés general". Además, dejar al Callao atrás en situación dudosa, era cometer un craso error militar.²⁸⁵

¡Doblez de político!, se dirá incrédulamente ante esta defensa. Todos los ofrecimientos y seguridades antes de lograr la guarnición del Callao y el olvido de ellos al conseguir ese objeto. Tal vez fuera así. Pero es cierto que las necesidades de la guerra no permitían la bifurcación del mando ni era conveniente ya el separatismo del Callao. Además, esa guarnición estaba en realidad por Santa Cruz. Orbegoso era prisionero de ella, con mera libertad de hablar y de escribir; como había sido prisionero de la oligarquía militar gamarrista en palacio durante los primeros días de su presidencia, antes del 4 de enero de 1834. Santa Cruz había ascendido a los jefes del Callao: Manuel Guarda y Francisco X. Panizo, a generales de Brigada; Juan José Panizo a capitán de navío; Domingo

²⁸⁵ Santa Cruz, manifiesto cit., pp. 170 a 173.

Valle Riestra a capitán de fragata; Enrique Pareja a coronel; Miguel Saldívar a capitán de Corbeta.²⁸⁶ Ninguno de los agraciados había protestado. “Con el coronel Guarda estamos en comunicación”, decía el general Herrera en una nota que fue publicada.²⁸⁷ Una carta de Pedro Astete en el Callao a Santa Cruz le daba seguridades de que en el castillo era difícil una sublevación a favor de Orbegoso y de que este mismo no la deseaba, salvo el caso de estar influenciado “por aquella señora de Lima”.²⁸⁸ En último caso, ¿cómo los jefes, oficiales y tropas incorporados al ejército confederal no protestaron ni entonces ni después por haber sido alejados de Orbegoso?

20. La soledad de Orbegoso

Viéndose sin fuerzas, burlado, excedente, desocupado, Orbegoso se dirigió al gobernador de la plaza del Callao, Guarda. “Ocupada —decíale— la mayor parte del país por los enemigos invasores de nuestra Patria. Vencido el ejército peruano en la batalla de Guía. Desconocida por S. E. el general Santa Cruz (que se halla a la cabeza de un fuerte ejército para batir a los mismos invasores) la autoridad peruana y no teniendo medios de exigir su reconocimiento, han cesado mis compromisos públicos y mi presencia pudiera desde hoy ser perjudicial a la causa nacional y a su defensa contra la invasión. Al tiempo de cesar mi autoridad por las razones dichas, he protestado contra todo acto que ataque la soberanía y los derechos del pueblo peruano. Réstame encargar a U. S.: que en nombre de la Nación y por mí, dé las gracias a la heroica guarnición que bajo las inmediatas órdenes de U. S. ha sostenido con denuedo el honor peruano dentro de estos muros hasta el 8 del corriente en que los enemigos levantaron el sitio. ¡Ojalá la Patria premie los servicios de los bravos que se han distinguido y la Posteridad los recuerde con el entusiasmo que inspiran! Mis votos son, señor Jeneral, porque todos los peruanos se unan para arrojar a los invasores y que disfruten algún día de paz, libertad y dicha. Con sentimientos de

²⁸⁶ Decreto de 18 de septiembre, en *El Eco del Protectorado*, N.º 124 de 22 de septiembre de 1838.

²⁸⁷ Tarma, 8 de septiembre, en *El Eco del Protectorado*, N.º 124 de 22 de septiembre de 1838.

²⁸⁸ 1º de Noviembre de 1838. Ver también la carta del misino Astete a Herrera, 31 de octubre (Archivo de la BNP.)

aprecio distinguido es que me despido de U. S. suscribiéndome su atento Servidor. —Luis José Orbegoso”²⁸⁹.

Hay en esta nota un inconsciente tono entre trágico y bufo. Principia Orbegoso por reconocer el ascenso dado a Guarda por Santa Cruz cuando Guarda mandaba las tropas orbegosinas. Da las gracias a una guarnición que lo había abandonado y pide premios para ella.

Pero ahora, en Orbegoso dialogando con su propio espíritu atribulado se despierta una fiebre de escritor. La soledad y la desgracia son sus musas. Y entonces redacta una Protesta a la Nación. Allí recuerda su ilusión en la Confederación Perú-Boliviana de derechos equivalentes, desvanecida con el pacto de Tacna y los incidentes posteriores. La revolución de julio ajena a su voluntad pero que le puso en el trance de optar entre los peruanos y sus opresores. La batalla de Guía, señal de los propósitos proditorios de Chile. El golpe de caballo que sufrió y la entrada al Callao ocho días después de la batalla. El arreglo con Santa Cruz y su engaño. El cese de su autoridad por falta de medios materiales. “Más en mi carácter de última autoridad legal —agrega— protesto solemnemente ante la nación y el mundo contra todo acto atentatorio a la soberanía del pueblo, a la independencia y a la dignidad del Perú”. Prosigue en seguida declarando que se ha negado a secundar al ejército chileno a pesar de ofertas reiteradas de reconocerlo como presidente, hechas hasta el día antes de abandonar el asedio. “Tampoco ha sido posible ajustarme con S. E. el Presidente de Bolivia contra cuyo régimen humillante se han pronunciado los pueblos con entusiasmo y cuyos principios son reprobados por todas las naciones del continente americano como opuestos a las luces del siglo. El abatirá el orgullo chileno; esto está en el orden de las cosas. Si él entonces no desconoce su posición, si no se alucina con quiméricas e irrealizables esperanzas dejará a mi patria en libertad para disponer de sí propia y de este modo ganará lauro inmortal. Más si, por el contrario, se obstinase en violentar la tendencia popular, su dominación será tan precaria como la de todos los que han pretendido sobreponerse a la voluntad nacional”. Algo más agrega todavía: el país puede utilizarlo pero con la condición de que no volverá a ejercer el mando supremo. Reclama luego la unión

²⁸⁹ Protesta: “Debiendo los peruanos tener conocimiento de los documentos siguientes, que no fué posible publicar en Lima, en las fechas en que tuvieron lugar y que sólo corrieron manuscritos, con el riesgo de ser confundidos con otros apócrifos que inventó la perfidia de los enemigos de aquel país, se ha aprovechado de la primera ocasión para darlos a la prensa”. —Guayaquil, Imp. de M. I. Murillo, 17 de diciembre de 1838. (Ejemplar entregado a la BNP por don Pedro Orbegoso.)

sagrada contra Chile; pero sin ingerencia extraña. “Soy hombre —prosigue— y no he podido hacer más en desempeño de la misión que me confiaron los pueblos y que acepté no por miras personales sino para cooperar al restablecimiento del pabellón bicolor, en su gloria primitiva y el de las instituciones patrias. Ahora doy la última prueba de consagración a la causa pública separándome de la tierra querida donde ví la luz primera: alejándome de los lugares donde yacen las cenizas de mis abuelos: entregando mis hijos a la orfandad: abandonando cuanto tengo de caro y sagrado en el mundo: mi familia saqueada, insultada y arrestada en mi propia casa por las bayonetas enemigas y tratada indignamente por ellas. Dejo mi corazón en la Patria: en la Patria por la cual solo he vivido, por la cual solo he continuado viviendo”. Termina expresando su gratitud a los compatriotas por la confianza depositada en él en distintas circunstancias; y su deseo de consagrarles sus últimos días “que ha querido perdonar la muerte en las jornadas en que la fortuna traicionó el valor de los defensores del Perú”.²⁹⁰

Al saber Santa Cruz la actitud de Orbegoso, le escribió pidiéndole que no publicara su protesta pues se vería obligado a ventilar en público la cuestión suscitada. Orbegoso le contestó increpándole la falta de cumplimiento de su palabra y asegurándole que si daba publicidad a la cuestión, él por su parte haría lo mismo con los documentos clásicos que desde el año 35 no había publicado “por conservar (a Santa Cruz) su prestigio como americano, como jefe y como amigo”. Santa Cruz solicitó entonces una entrevista con Orbegoso que se había asilado en la fragata francesa “Andromede”. Aquel patético encuentro entre estos hombres que tantas responsabilidades y esperanzas comunes habían tenido se realizó ante García del Río a bordo de la “Andromede”, en la misma bahía de donde había salido Freire alucinado con los dos barcos de su expedición funesta y de donde arteramente Garrido había robado la escuadra peruana. Dos horas duró aquella charla pero no redundó en ningún acuerdo y su sombría violencia debió ser un contraste con la impasibilidad de las aguas verdinegras que le servían de proscenio.²⁹¹

En esos días circularon proclamas firmadas con el nombre de Orbegoso incitando a los peruanos a unirse al Ejército Restaurador contra Santa Cruz. El 26, todavía en la bahía del Callao, a bordo de la “Andromede” Orbegoso escribió con tal motivo una nueva protesta. “Mi

²⁹⁰ Protesta cit.

²⁹¹ Paz Soldán, ob. cit., p. 229. Orbegoso no cita esta entrevista ni en su Manifiesto de Guayaquil en 1839 ni en sus Memorias publicadas por su hijo don Pedro y por Paz Soldán.

conducta —agregaba— desde que mis enemigos invadieron el país, hasta que levantaron el sitio del castillo el 8 del corriente, debe haber marcado a mis compatriotas mis principios. Todo el que sienta correr en sus venas sangre peruana y abrigue nobles sentimientos está obligado a hacer la guerra a los invasores de la patria; que la han hollado, derramado a torrentes la sangre peruana, saqueado las propiedades, encendido la anarquía y que aún aspiran a degradarnos, colonizarnos y destruirnos. Bien lejos yo de aconsejar a mis compatriotas unirse a sus bárbaros y crueles enemigos, he preferido expatriarme dejando a mi familia en la orfandad antes que conservar, (transigiendo con ellos en la humillación de mi patria) mi puesto y mis particulares intereses.

Estos son mis sentimientos y los serán constantemente. ¡Ojalá que mis compatriotas animados del santo ardor que inspira el patriotismo, se unan todos para arrojar del suelo peruano al ejército invasor que tiene sumida la patria en consternación y amargura! —A bordo de la fragata “Andromede” en el Callao, 26 de noviembre de 1838. —Luis José Orbegoso”.²⁹²

Nótese que en toda esta literatura pública, Orbegoso acalla su resentimiento contra Santa Cruz y exhala su resentimiento contra los chilenos. En el fondo es la misma actitud que tuvo antes del pronunciamiento de julio y que inspiró su declaración de 1° de setiembre: acabar ante todo con la invasión chilena.

Pero no por eso Orbegoso resulta aliado de Santa Cruz. La prueba está en la frustrada entrevista de la “Andromede” y en su viaje mismo. Más tarde llegó a afirmar que el desprecio manifestado por Santa Cruz a la opinión netamente peruana, restó popularidad a su causa desde los días siguientes a su triunfal recepción en Lima; empezando la gente a considerar la guerra como un asunto de dos ejércitos extranjeros.

Embarcado en una goleta mercante, Orbegoso salió del Callao el 4 de diciembre con destino a Guayaquil.

21. El significado de Orbegoso

Al alejarse de las costas del Callao, Orbegoso se alejó también y para siempre de la política peruana. Había actuado en ella como jefe provisional del Estado durante cuatro años convulsos.

²⁹² Protesta cit., publicado en Guayaquil, 17 de diciembre de 1838.

Orbegoso había significado inicialmente una reacción contra la oligarquía militar gamarrista, un sentido no caudillesco, no militarista, liberal en lo que esta palabra significa fe en la Constitución y en las libertades públicas, inclusive con cierta demagogia. Había sido influenciado más tarde por federalistas del sur (Quiroz, Pío Tristán, etc.) y, en una angustiada situación frente al poder creciente de Salaverry en el norte y frente al inminente regreso de Gamarra por el sur, había tocado las puertas del palacio de Santa Cruz en Chuquisaca pidiendo la alianza y facilitando la intervención. En una tercera etapa, Orbegoso había sido sensible al resentimiento norperuano contra el régimen de Santa Cruz y, aunque mal de su grado, sublevándose contra éste. Una cuarta actitud había significado la transacción con Santa Cruz al entregarle las tropas del Callao; una quinta actitud retornando a la tercera, el retiro a Guayaquil.

Orbegoso nació a la vida política entre el engrعيمiento del populacho así como nació a la vida física entre el engrعيمiento de su rango y de su fortuna. Locamente lo aclamó la multitud cuando, escapándose de la prisión que era el palacio de Lima en los primeros días de su gobierno, se asiló en el Callao "tomando los castillos en coche" y cuando regresó a Lima después del 28 de enero de 1834, en que el pueblo solo arrojó al fuerte ejército gamarrista de la capital; también locamente lo aclamó cuando regresó en mayo de ese año, vencedor por segunda vez sin batirse porque ahora los restos de ese ejército gamarrista se le unieron en el abrazo de Maquinguayo. Pero Orbegoso había creído entonces que la popularidad era un usufructo remuneratorio y no un préstamo de confianza, préstamo usurario. Cabe defender su inercia ante el desorden administrativo alegando la inopia del erario; pero no tiene defensa alguna la confianza imprudente que depositó en Salaverry de quien había sido la frase típica de la época: "Háganme coronel y yo me haré lo demás"; Orbegoso lo había hecho general y dueño de fuerzas armadas en Lima, no obstante las reiteradas prevenciones de Castilla y otros militares y políticos. Luego, ¡aquel tratado con Santa Cruz del que resultó renunciando en el pronunciamiento de julio de 1838, después de haber sido comparsa en las asambleas de Sicuani y Huaura! ¡El desarme de la escuadra conociendo que Chile era un peligro! ¡La complacencia o la desidia ante los planes de Freyre para invadir Chile! ¡El repudio del tratado de comercio que él mismo mandó celebrar! ¡La insistencia para mantener a Nieto al frente de la división del ejército del norte que precisamente resultó subversiva! ¡La marcha al encuentro de esa división para, sin saberlo, resultar prisionero de ella, indignándose por la actitud

prudente de los generales de Lima y convenciéndose sólo demasiado tarde de que no cabía sino sumarse a un pronunciamiento con el cual en su fuero íntimo no estaba de acuerdo! ¡Las jactancias y desafíos tras de los muros del Callao, mientras la tropa que lo acompañaba estaba con Santa Cruz!

Recapitulando los hechos de la vida pública de Orbegoso, acaso surgen el enojo o la burla. En él la presunción se juntaba a la ligereza, la debilidad a la terquedad y la ingenuidad a la falsía. Quería hacer bien e hizo daños. No era ambicioso y se obstinó en estar al frente del país en 1834 cuando cesó su mandato provisional y en 1838 cuando el norte del Perú se pronunció contra el régimen que él representaba. Era patriota y llamó a Santa Cruz y a los bolivianos. Era honrado y traicionó a Santa Cruz. Era influenciado hasta por las mujeres según relaciones de la época y a todo trance mantuvo el afán de crear un tercer partido entre los chilenos y Santa Cruz, tercería que precisamente él creyó primero inoportuna. Era bueno y odió con todas las fuerzas de su alma a los chilenos —él y Nieto son los precursores de ese peruanismo chileno-fóbico que estuvo de moda después de la Guerra del Pacífico y que ahora, con el arreglo sobre Tacna y Arica, tiende a desaparecer —y odió asimismo implacablemente y sin treguas ni matices a Gamarra y La Fuente.

El enojo o la burla pueden despuntar. Véase entonces su retrato, no aquel con uniforme lleno de bordados en que aparece con una belleza un poco de galán de cinema su rostro que en realidad fue haciéndose obeso; sino aquel otro retrato lívido, jadeante, torturado, que reflejó, como en un espejo roto, en el fondo de los escritos dispersos e inconclusos con que pretendió justificarse.

La filosofía hindú tiene la creencia en el dharma. Por el dharma cada casta tiene un repertorio de acciones permitidas y obligadas al que es forzoso adaptarse; y cada individuo puede llegar a la perfección dentro del dharma y no puede llegar a ella por ningún otro camino. El santo, el guerrero, hasta el ladrón y la prostituta y aun los dioses mismos tienen su dharma. La transgresión de un dharma acarrea inexorablemente castigos milenarios. “Serás lo que eres y sino no serás nada”, dice un gran occidental que sin saberlo sintetiza esta creencia. Pues bien, he aquí un caso de transgresión de dharma. He aquí en política a un hombre sin condiciones de político. Las más favorables perspectivas tuvieron que serle inocuas. Siempre las circunstancias lo hicieron su juguete. Orbegoso fue un magnífico padre de familia —¡oh, sus patéticas evocaciones a su hogar y su recuerdo constante en sus charlas y en sus escritos a sus once

hijos, prendas tiernas de su corazón! Pudo ser también un buen hacendado, uno de esos señorones de Trujillo, ostentosos y vanidosos aunque bonachones. En mala hora fue Presidente.

Y he ahí sus diferencias con Riva-Agüero, aquel otro aristócrata desventurado y descentrado. Riva-Agüero y Orbegoso se parecen: abo-lengo ilustre, juventud mimada, patriotismo precoz, popularidad inicial, actuación agitada, persecuciones implacables, odio acusador de sus enemigos triunfantes, aislamiento y desengaño finales. Pero en Riva-Agüero había un político nativo y, por ende, ambicioso, una tragedia más honda y patética que frente a Bolívar y a San Martín tiene algo de la tragedia de Satán, el arcángel rebelde frente a Dios.²⁹³

22. "Mañana, Morán, mañana!"

Cuéntase que después de entrar en Lima, Santa Cruz exclamó parodiando una frase napoleónica: "¡Ah, los chilenos! Ya los cogí!" Pero no los cogió. En una calle de Lima, el día de la recepción, dijo a Santa Cruz el general Morán: "Mientras usted está recibiendo los inciensos de todas esas mujeres, déjeme ir con mi división a arrollar a los chilenos antes que lleguen a sus buques; sino ellos se embarcan y nos hacen marchar y contramarchar por la costa todo el tiempo que se les antoje".

— "Oh!, mañana, Morán, mañana!", le contestó Santa Cruz.²⁹⁴

La polvareda del ejército enemigo en su retirada se levantaba, a lo lejos, como una espesa nube.

Más tarde se justificó Santa Cruz diciendo que había tenido graves inconvenientes que superar para llegar a Lima; que estaba en la necesidad de entenderse primero con Orbegoso cuya conducta era de recelar; y que no debía dejar al Callao atrás en situación dudosa. "Cuando el enemigo evacuó la Capital, una columna de su caballería que había quedado en observación en Copacabana, apoyando el embarque de su ejército en Ancón pudo ser alcanzada y batida indudablemente, si el general que marchó a la cabeza de nuestro ejército mientras yo estaba detenido en la ciudad por el arreglo de negocios muy graves, hubiera cumplido con su deber en aquella ocasión. Reuníme al ejército en la noche del 11; y ha-

²⁹³ Véase la semblanza de Riva-Agüero, en el tomo primero de esta obra, pp. 95 a 97.

²⁹⁴ Recuerdos de Francisco Burdett O'Connor, Tarija, 1895, p. 291. Ya en 1827 el cónsul yanqui Tudor había notado en Santa Cruz, al lado de su ambición, cierta timidez. (Diplomatic correspondence of the United States, vol. III, New York, 1925, p. 1830).

biendo continuado el movimiento general al otro día, hasta las alturas de Ancón, tan sólo alcanzamos a ver sus últimos buques, ya a la vela y haciendo rumbo al norte; más como le era fácil cambiar de dirección, luego que le perdiésemos de vista, juzgué prudente no prolongar mi línea de operaciones hasta tener un conocimiento seguro de sus planes ulteriores. Todos conocen las ventajas que ofrece el dominio del mar; las cuales se multiplicaban infinito para el enemigo... Sin objeto, pues, en Ancón regresé a la Capital para poner en seguridad todo el territorio que podía ser invadido. El 14 los enemigos desembarcaron en Huacho y durante algunos días del mes de noviembre permanecieron establecidos a las orillas del mar, en disposición de reembarcarse. Mientras yo necesitaba atravesar 40 leguas, divididas en dos desiertos, para alcanzarlos, ellos tenían la facilidad de volver a la Capital antes que yo, sin fatigar sus tropas, siendo así que las tropas debían sufrir mucho en la ida y regreso para defenderla”.

Prudentes razones. Prudente general era, en efecto, Santa Cruz. Quizá en análoga situación, Salaverry no hubiera pensado, tanto. Santa Cruz prefería no las ofensivas audaces y peligrosas sino las batallas desde posiciones estratégicas superiores. Además tenía que habérselas con los soldados chilenos que ya habían triunfado en Matucana. ¿Por qué arriesgar todo en un instante —pensó seguramente este indio cauteloso— si la retirada misma de los chilenos causará sobre ellos funestos efectos morales y materiales? Además, y aunque parece increíble. Santa Cruz estaba seducido aún por la idea de la paz; ella ejercía sobre él los efectos enervantes que sobre el cerebro y el corazón de otros hombres suelen ejercer la mujer o el alcohol. La retirada del enemigo, que era una añagaza estratégica, se le aparecía como una fuga. No se percataba de que la batalla simplemente había sido aplazada hasta buscar mejores posiciones. Creía en la posibilidad de otro Paucarpata.²⁹⁵

23. El espejismo de la paz. El agente de la Confederación en Londres solicita que, por la fuerza, Inglaterra obligue a Chile a suspender las hostilidades

Cónsul de la Confederación Perú-Boliviana en Londres había sido nombrado don Vicente Pazos. En agosto de 1838 trasmitió éste al Foreign

²⁹⁵ Aún antes de entrar a Lima, Santa Cruz pensó en la paz. Desde Abancay, el 6 de octubre, escribió a Calvo: “desde Jauja diré a Ud. más fijamente si es posible negociar o si es indispensable batirnos” (Manifiesto de Calvo, citado).

Office el manifiesto del gobierno de Chile desaprobando el tratado de Paucarpata. Al mismo tiempo manifestó la necesidad de que el gobierno de Su Majestad Británica iniciara una intervención activa para compeler al gobierno chileno a la celebración de la paz. Para ello intentó probar que las hostilidades bélicas, buscadas por Chile, se dirigían directamente contra los capitales y los intereses británicos, ya que, por resolución de 4 de enero de 1838, los ahorros en los gastos del ejército y la marina de la Confederación debían ser dedicados al pago de la deuda externa. La guerra era pues, según Pazos, el único obstáculo para el pago a los acreedores británicos. Para reforzar su actitud se dirigió en el mismo sentido a los tenedores de bonos británicos.

Las palabras textuales de la petición del agente confederal eran que había “que coactar y obligar a Chile a la cesación de hostilidades”. Palmerston, jefe de la cancillería inglesa, repuso que el gobierno de Su Majestad no pensaba que fuese justificado interponerse por la fuerza a compeler a Chile para que firmase la paz; pero que no cesaría en sus gestiones amigables.²⁹⁶

Esta maniobra de la política santacruzina en Londres, totalmente ignorada hasta ahora, ofrece una prueba final sobre el pacifismo de aquel gobierno.

24. El espejismo de la paz. Admirable carta de Santa Cruz a O’Higgins

Dos influencias entraron en juego para lograr una última tentativa de paz; la del general chileno O’Higgins y la del agente británico H. B. Wilson.

O’Higgins se dirigió a Santa Cruz el mismo 10, como ciudadano del Perú y de Chile. Santa Cruz le respondió el 11. “No tengo —decíale— ningún estímulo a continuar esta guerra que considero tan funesta a los pueblos de la Confederación como para los de Chile... Contando con estas disposiciones que son invariables, cualesquiera que sean las circunstancias, puede Ud. creerme siempre más dispuesto a hacer la paz que a continuar la guerra. Si yo lograra, además, que el pueblo chileno se

²⁹⁶ Nota de Pazos, el 25 de agosto de 1838. Contestación de Palmerston el 31. Archivo de Límites, legajo 44. Pazos afirmaba en otras comunicaciones que el prestigio de Santa Cruz había llegado a ser grande en Europa, considerándosele uno de los hombres más notables de la época. Por cierto que a Pazos no se le pagaban sus sueldos y de ello se quejaba inútilmente.

persuada de que nunca fui ni soy su enemigo, quedaría más satisfecha mi ambición que con victorias sangrientas”.²⁹⁷

Carta admirable que, así mismo, convence de la actitud pacífica de Santa Cruz ante los chilenos.

25. El espejismo de la paz. La gestión inglesa

De otro lado se produjo la gestión, o la aceptación para hacer una gestión, del Encargado de Negocios británico. El gabinete de Saint James —según una información del periódico oficial de la Confederación expresamente autorizada por el Protector— había aprobado la firma del tratado de Paucarpata y extrañado la subsecuente reprobación de aquel tratado y la brusca renovación de las hostilidades por parte del gobierno de Chile. La comunicación del Ministro de Relaciones inglés en que expresaba estos sentimientos al Encargado de Negocios en Lima y en que le ordenaba que volviese a mover todos los resortes posibles para poner término a la guerra llegó cuando el ejército chileno se retiraba de Lima. Santa Cruz aceptó la nueva presentación de la mediación y entonces Wilson se dirigió a Huacho en la fragata “El Presidente” con la mira de buscar al ministro chileno Egaña a quien se creía poseedor de amplias instrucciones sobre tratados de paz.²⁹⁸

26. Las conferencias de Huacho. Dos versiones sobre ella

Wilson llevó a Huacho, además de la credencial de su gobierno para mediar una vez más, la autorización del Protector para ajustar en su nombre el tratado que creyese conveniente. Los chilenos, que aún no habían decidido su plan de campaña definitivo, habían aceptado en principio estas nuevas negociaciones, según Bulnes respondió a O’Higgins.

Sobre las conferencias realizadas en Huacho entre Wilson y Egaña el 13 y el 14 de noviembre de 1838 hay dos versiones: la chilena y la santacrucina. En el Archivo de Límites peruano no queda documento alguno referente a dichas conferencias.

²⁹⁷ Carta inobjetable, pues la publica Sotomayor Valdés, ob. cit., II, p. 439.

²⁹⁸ El Eco del Protectorado, N.º 131, de 24 de noviembre de 1838. En el Archivo de Límites no hay ningún documento de fecha posterior a la entrada de Santa Cruz en Lima.

Según la versión chilena, Wilson propuso en primer lugar que Chile y la Confederación se comprometieran a igualar sus fuerzas marítimas y terrestres debiendo en lo sucesivo aumentarlas o disminuirlas de común acuerdo; y que Chile se obligara a no establecer en sus aduanas el sistema de los derechos diferenciales.²⁹⁹ Egaña rechazó ambas propuestas considerándolas extrañas a la cuestión de la guerra. Wilson propuso una nueva entrevista para el día siguiente y en ella Egaña planteó una nueva fórmula: que Santa Cruz se retirara con todo su ejército al otro lado del Desaguadero, debiendo el ejército chileno retirarse también a su país; y que el pueblo peruano, gobernado por las autoridades emanadas de la Constitución de 1834, nombrase diputados que reunidos en Congreso deliberasen y resolviesen sobre la suerte futura del país.³⁰⁰ Wilson replicó que Santa Cruz se allanaría al retiro de los ejércitos, debiéndose elegir dentro del orden de cosas vigente una Asamblea para el sur y otra para el norte, para determinar la subsistencia o disolución de la Confederación. Egaña se negó a esto, frustrándose así las conferencias.

La versión santacrucina omite las proposiciones iniciales de Wilson y dice que el Encargado de Negocios británico propuso "que los ejércitos beligerantes evacuasen desde luego el territorio peruano, para que libres de toda influencia extraña, se reuniesen los Congresos de los tres Estados y se pronunciasen por la disolución o la continuación de la Confederación; y que las dos partes contratantes se comprometiesen a respetar el resultado de las deliberaciones de los Congresos". Hasta aquí hay más o menos concordancia entre ambas versiones. Pero viene luego una radical discrepancia. "Contestó —dice Santa Cruz en su manifiesto— el ministro de Chile de modo explícito y terminante, que se disolviese de hecho la Confederación Perú-Boliviana y que se obligase al Perú a no tener jamás una fuerza marítima igual a la de Chile, para que éste conservase su prepotencia naval en razón de estar llamado a ser el primer Estado marítimo del Pacífico; se negó, asimismo, a renunciar a la pretensión de establecer más adelante el principio de derechos diferenciales en materia de comercio".³⁰¹

Cualquiera que sea la verdad, se ve aquí, una vez más, el propósito de Santa Cruz de mantener la división entre el Sur y el Norte del Perú de acuerdo con su viejo pensamiento político: programa máximo, la Confe-

²⁹⁹ Bulnes, ob. cit., pp. 126 y 127. Sotomayor Valdés, ob. cit., III, pp. 454 y 455.

³⁰⁰ Egaña, según los historiadores chilenos, se extralimitó de sus instrucciones por temor a una presión británica.

³⁰¹ Santa Cruz, manifiesto cit., p. 176. En *El Eco del Protectorado*, N.os 131 y 132. Refutado en *El Araucano*, N.os 346 y 347.

deración; programa mínimo, división del Perú para obtener así una seguridad para Bolivia.

Una proposición análoga a la rechazada por Egaña en Huacho llevó el 20 de noviembre al cuartel general de Gamarra el ministro Lazo. Oculto en Lima, así como el vocal don José Marurí de la Cuba, consejero de Gamarra desde los lejanos días de 1829, el gobierno les expidió desdeñosamente pasaportes para Huacho manifestando que “al presidente intruso le harán falta su ministro y su consejero privado”. Desde el “Arequipeño” y sin desembarcar despachó el mismo Lazo en el Callao la respuesta negativa.³⁰²

27. Plan de campaña del Ejército Restaurador

La guerra, pues, siguió. En Huacho, lugar de arribada del Ejército Restaurador, un consejo de guerra compuesto por las mismas personas que habían tomado parte en el anterior realizado en Lima, convino en que era urgente retirarse de aquel puerto y de la zona de la costa por su mal clima y escasez de elementos. Los enfermos debían ir a Trujillo y Piura, lo mismo que las tropas peruanas que estaban adiestrándose; el resto del ejército debía ocupar los pueblos que forman el Callejón de Huaylas, donde al clima sano se juntaban la abundancia de pastos y recursos y la facilidad para encontrar posiciones ventajosas. Creían los jefes del Ejército Restaurador que Santa Cruz ocuparía la línea de Chancay a Jauja y que establecería en este lugar su cuartel de invierno reforzando sus fuerzas y esperando los movimientos de aquel ejército. Dentro de esta creencia, el refuerzo de dos mil hombres y trescientos a cuatrocientos caballos que iba a mandar Chile a fines de febrero debía marchar a Arica donde se les juntarían tres mil peruanos que iban a organizarse en el departamento de La Libertad. Así, con este ejército operando en el sur, Santa Cruz tendría que desmembrar sus fuerzas de Jauja. En el caso de que en el sur del Perú o en Bolivia ocurriesen pronunciamientos contra el Protector, la división expedicionaria debía caer rápidamente sobre las tropas que en

³⁰² Plasencia, *Diario Militar*, p. 64. Cuando la retirada de Gamarra al norte, Lazo quedó en Lima con consentimiento de aquél y garantido por el cónsul inglés para “arreglar los negocios de mi antiguo estudio y preparar el embarque de mi familia”. Descubierto, fue encerrado en el convento de San Francisco por el coronel boliviano Dehesa y presentado a Santa Cruz quien lo remitió donde sus amigos con proposiciones de paz, habiendo todavía estado preso una vez más en Ancón. (Aclaraciones de Lazo en *El Peruano*, N.º 33 de 27 de marzo de 1838.)

aquellos lugares mandaban los generales Cerdeña y Braun y en caso de que los habitantes mostrasen indolencia o tibieza, la división después de aparentar una campaña sobre Bolivia, debía reembarcarse, desembarcar luego en un puerto al sur de Lima y dirigirse, por último, a hostilizar por retaguardia al ejército confederal en Jauja mientras el Ejército Restaurador, partiendo de Huaraz, lo atacaba de frente. Calculábase que estas operaciones podrían verificarse en abril de 1839.³⁰³

Este plan comenzó a practicarse en su parte inicial. El Ejército Restaurador inició su retirada a Huaylas el 16 de noviembre. Comandante de las tropas peruanas que debían organizarse fue nombrado el general Raygada; La Fuente conservaba la vigilancia bajo el título de jefe superior del departamento de La Libertad. Comandante general de vanguardia fue nombrado el general Vidal, guarneciendo la costa con una pequeña fuerza y encargado de hacer correrías hasta las inmediaciones de Lima.

28. Plan de campaña de Santa Cruz

Retirados los chilenos hacia Huaraz, Santa Cruz se propuso establecer su ejército entre la línea de Chancay y Pasco. "Aquel plan —dice él mismo— ofrecía varias ventajas cuales eran colocar mejor nuestras tropas bajo todos respectos, facilitar su aumento con refuerzos del centro, dar tiempo a que se complementasen nuestros armamentos marítimos para poder luchar con alguna igualdad en el mar y dar lugar a que el enemigo se debilitase en su permanencia durante la estación lluviosa, en climas malsanos a la vez que se granjease más y más el odio de los pueblos que vejaba y oprimía. Aunque el ejército invasor reemplazara sus bajas con los reclutas que hacían Gamarra y La Fuente en las provincias del norte y con los refuerzos que se preparaban en Chile, siempre me habría encontrado yo en ventajosa situación al abrir la campaña, sea que marchase en su busca o le aguardase; mas el clamor de la capital, el interés que me inspiraba la suerte de las provincias que gemían bajo tan odioso yugo, el ardimiento del ejército, las sugerencias de amigos respetables y la necesidad que tenía de acudir pronto a Bolivia en donde la facción revolucionaria, protegida por el ministro de Chile, comenzaba a dar cuidados al gobierno, todo me forzó a abandonar mi primer plan, a sacrificar mi propia opinión".³⁰⁴

³⁰³ Diario Militar, p. 59.

³⁰⁴ Manifiesto de Santa Cruz cit., p 177.

De estas razones, las que seguramente lo decidieron en realidad fueron las noticias alarmantes de Bolivia sobre un pronunciamiento inminente de Ballivián y el consejo de algunos amigos.³⁰⁵

Pero antes de dedicarse por entero a la guerra, Santa Cruz tuvo todavía oportunidad de dictar algunas providencias como gobernante del Perú.

29. Decretos confederales. Significativa convocatoria a elecciones. Curiosa actitud de los canónigos de Lima

Desde el Palacio de Lima, Santa Cruz y Riva-Agüero presidente del Estado Norperuano, declararon nulos los decretos, providencias y medidas administrativas dadas desde el 30 de julio; las transacciones entre particulares o de los particulares con los gobiernos existentes serían respetadas; los Códigos Civil, Penal y de Procedimientos quedarían en suspenso hasta que el cuerpo legislativo, a cuyo examen serían sometidos, sancionara los que juzgase conveniente (16 de noviembre). Los emigrados que habiéndose asociado a la invasión chilena se presentasen al gobierno serían admitidos a vivir en el país bajo la garantía de las leyes relegándose al olvido su conducta anterior; esto se hacía extensivo a los enrolados con el ejército enemigo; los que habiendo contraído compromisos con el ejército invasor estuviesen ocultos en el país debían presentarse a la Prefectura en un término expreso (16 de noviembre). Todo magistrado o funcionario público firmante del acta de elección de 24 de agosto para colocar a don Agustín Gamarra en la presidencia quedó separado de su destino y borrado de la lista respectiva, salvo los que manifestaran la causa irresistible de un procedimiento contrario al orden legal (15 de noviembre).

Un Congreso nacional extraordinario en Bolivia, otro en el Estado Surperuano y otro en el Estado Norperuano fueron convocados. En Bolivia actuarían los congresales ya electos; los del Perú serían elegidos con-

³⁰⁵ Valdivia despachaba entonces los asuntos de gobierno, justicia, negocios eclesiásticos y parte de la correspondencia privada al lado de García del Río, encargado del ramo de Hacienda, y de Olañeta, de Relaciones Exteriores y especiales de Bolivia. "Eran tantas las cartas de denuncias dirigidas a Santa Cruz de Bolivia y de los departamentos del Perú —cuenta Valdivia— que Valdivia dijo: Sr. general, me parece que si tantos señores denunciadores son sus verdaderos amigos deberían ocuparse en desarmar a los enemigos y adquirirle nuevos amigos pero no del modo como lo hacen" (Revoluciones de Arequipa, p. 199).

forme a la carta del 34. Quince días después de la guerra con Chile comenzarían las elecciones. Los Congresos de los tres Estados se reunirían precisamente 75 días después de terminada esta guerra en La Paz, Cuzco y Lima, respectivamente. No habría para entonces tropa armada a menos distancia que cuarenta leguas de las tres ciudades predichas. Dichos Congresos determinarían si la Confederación debía subsistir o disolverse. La resolución negativa de uno de los Congresos sería bastante para disolver la Confederación. Los Congresos que resolvieren la continuación de la Confederación elegirían, mientras se hiciera la elección legal, la persona que debía ejercer el mando supremo de ella; y la persona que debía encargarse del Poder Ejecutivo del Estado respectivo, aun en el caso de que opinaran contra la Confederación. Un Congreso general de los Estados que optasen por ella se reuniría en Arequipa (22 de diciembre).

(Este decreto ha sido llamado "el testamento político de Santa Cruz". El pensamiento que lo inspira es evidente. La victoria robustecería al santacruzismo en el Perú y podría, con relativa facilidad, refrendar, como habían hecho otros Congresos, la decisión emanada de los campos de batalla. En último caso, si obstáculos considerables impedían la perduración del vínculo unitivo, el sur podía separarse del norte.)

Con motivo del decreto sobre destitución de los funcionarios coludidos con el gobierno de Gamarra ocurrió algo muy típico con el Cabildo de Lima. El deán y los miembros de este Cabildo habían aparecido en *El Peruano* como concurrentes a la reunión que dio lugar a la elección de Gamarra y como firmantes del acta respectiva. Al producirse el aludido decreto de Santa Cruz declararon no haber suscrito ni asistido a dicha reunión; y que si no reclamaron fue porque no leyeron los papeles públicos en que salieron sus nombres, y aun cuando los hubiesen leído, no podían en aquel tiempo reclamar sin exponerse a graves peligros y compromisos; y que si posteriormente no lo habían hecho no era porque apeteciesen figurar en aquella acta sino porque habían creído que cuando llegase el caso se saldría de dudas por el único medio legal que era el reconocimiento de las firmas en el acta original.³⁰⁶

En Lima quedó escondido, mientras estuvo Santa Cruz, don Andrés Martínez, cuya pluma en el Perú y en Chile había herido tanto a Bolivia, a la Confederación y a su caudillo. Perteneciente al manípulo separado de los restauradores antes de Guía, Martínez había continuado alejado de ellos sin intervenir tampoco a favor de Orbegoso ni de Santa Cruz, mientras su amigo Pardo emprendía el camino de regreso a Chile y su

³⁰⁶ El Eco del Protectorado, N.º 139, 22 de diciembre de 1838.

amigo Vivanco volvía a incorporarse al Ejército Restaurador donde procuró no darle puestos de relieve.

30. Los corsarios contra la escuadra chilena. Correrías de los corsarios

Para contrarrestar la superioridad marítima chilena, Santa Cruz había pensado primero traer barcos de Europa. Pero, por lo pronto, facilitó todos los elementos para la organización de corsarios, ofreciéndoles premios según las presas que hicieran. Juan Blanchet, francés, fue el jefe de la empresa; Félix Remy, también francés, el armador y otros más como capitalistas. Fueron armadas la fragata "Edmonr", la goleta "Smack" y la goleta "Perú". Habiéndose presentado la escuadrilla chilena al Callao, los corsarios acompañados de las naves pequeñas del puerto la hicieron huir (23 de noviembre de 1838). En Supe, pocos días después apresaron al bergantín "Arequipeño" cuyo comandante huyó a tierra, rindiéndose la tripulación (27 de noviembre). Reforzados luego con la "Mejicana", los corsarios, sin embargo, se encontraron con los barcos chilenos "Confederación", "Santa Cruz" y "Valparaíso" al mando de Simpson, en Casma. Del combate de Casma resultó la muerte de Blanchet, la captura del "Arequipeño" por los chilenos y la fuga de los corsarios. Hubieran éstos regresado, al mando del teniente francés Cochon, escapado del bergantín de guerra "Venus" de esa nacionalidad; pero este barco marchó en persecución de Cochon y ante la negativa de los corsarios para entregarlo, los hizo regresar al Callao, salvándose Cochon por haberse escapado al llegar a este puerto.

La noticia de la pérdida de los corsarios llegó a Santa Cruz cuando se preparaban los momentos decisivos de la campaña.³⁰⁷

31. El Ejército Restaurador en Huaraz

Brevemente ha de resumirse, por la índole de esta obra, los hechos que constituyeron la campaña final. En primer lugar, la marcha casi tranquila del Ejército Restaurador al Callejón de Huaylas. El principal y en realidad único enemigo con quien tuvo que luchar en esos días fue la

³⁰⁷ El Eco del Protectorado, N.os 131 y 134. El Eco del Norte, N.º 42; Plasencia, p. 163; Vegas: Historia de la Marina, pp. 75 a 79.

naturaleza, pues apenas si destacamentos aislados tuvieron algunos tiroteos. “El ejército ha sufrido —dice Plasencia en su Diario Militar— las privaciones y fatigas que son consiguientes a una marcha dilatada por pueblos reducidos, sin recursos y por caminos fragosos. La mayor parte de nuestros jefes, oficiales y tropa han sentido la influencia eficaz del antimonio al subir la cuesta de Marca y afectados de fuertes dolores de cabeza y de náuseas continuas, han padecido por largo tiempo de la molesta sofocación que producen los gases mineralógicos. Algunos soldados y animales han muerto arrojando sangre por la boca. A este trastorno general de la naturaleza se agrega el rigor del frío cuya intensidad no es posible eludir con solo el abrigo de vestuarios de brin y muchos sencillos de que usan la mayor parte de nuestros batallones; debiéndose atribuir las enfermedades que padecen más a la falta de ropa que a la insalubridad del clima”.³⁰⁸ Además —como Gamarra confesaba a Bulnes— el ejército iba “derramando” soldados desde Huacho.³⁰⁹

Gamarra se dirigió a Trujillo a principios de diciembre para impulsar la organización del ejército peruano y la reunión de recursos; ya La Fuente había organizado un batallón y un regimiento.

Sabedor de tal avance del ejército santacrucino, Vidal hizo una errónea retirada, de Pativilca a Huarmey y luego a Nepeña, dejando descuartada a la división restauradora que al mando de Torrico estaba en Chiquian. Gamarra calificó francamente su conducta juzgando que en ella había habido “un poco de miedo” aunque no era el momento de tomar medidas estrepitosas.³¹⁰

El avance santacrucino hacia Chiquian sorprendió a Torrico. Una pequeña columna que envió de observación se batió con denuedo en el puente de Llaclla bajo el comando del alférez araucano Juan Colipi. Torrico se replegó a Recuay después de algunos tiroteos. El momento decisivo se iba acercando.

32. Significado de la acción de Gamarra, Castilla y La Fuente en el suministro de hombres y recursos

La campaña de 1838 es una excepción dentro de las campañas militares posteriores a la Independencia. En ella se empleó efectivamente la estra-

³⁰⁸ Diario Militar cit.

³⁰⁹ Gamarra a Bulnes, Pativilca, 23 de noviembre. Archivo de la BNP.

³¹⁰ Gamarra a Bulnes, de Santa, 29 de diciembre. Archivo de la BNP.

tegia y se procuró evitar el desorden, la impericia, el atropellamiento de otras veces.

En lo que respecta a la inteligencia conductora de los movimientos del Ejército Restaurador, los historiadores chilenos han reivindicado el papel predominante y exclusivo de Bulnes, reconociendo, a lo sumo, la capacidad para el estudio del terreno que tenía el coronel Plasencia, consultor de aquel ejército, y la eficacia que para reunir soldados y recursos y adiestrar reclutas demostraron Gamarra y Castilla. Paz Soldán, en cambio, todo lo atribuye a la acción de Gamarra.

No se trata de dejarse llevar por el celo patriótico y, a fuer de peruanos, exaltar de todos modos el significado de Gamarra, de Castilla y aun de La Fuente. Sería incurrir en todos los errores de la historia forense, en que el historiador es abogado que ante la Posteridad defiende una causa y en todos los prejuicios de la historia apologética en que el historiador procura hacer una epopeya en prosa. La historia verdadera es la que tiene la preocupación por la justicia por encima de la preocupación de la Patria misma.

La correspondencia entre Bulnes y Gamarra da, evidentemente, la clave definitiva sobre su rol respectivo en los acontecimientos que culminaren en la batalla de Yungay.

La labor de organización de cuerpos de ejército y suministro de recursos realizada en el norte por Gamarra y La Fuente y de Castilla —este último en los primeros momentos pues luego se le mandó al cuartel general, es indudable. El norte había sido ajeno a las desoladoras campañas de 1834, 1835, 1836 y 1837 que habían esquilado al sur; y aquellos jefes eran magníficos para el caso, como lo comprobaba su actuación desde la Independencia. Cartuchos de fusil, municiones, bestias de carga, herraduras, monturas, botiquines, dinero, zapatos, etc., fueron remitidos por Gamarra, Castilla y La Fuente al cuartel general. Por ellos, además, el Ejército Restaurador pudo contar con 6000 hombres en la batalla final.

33. Gamarra impide que los restauradores salgan del valle de Santa y del departamento de Huaylas y que se retiren a Corongo

Pero esto no fue todo. Gamarra vigilaba los movimientos del enemigo. Si no venía por Chancay el grueso de su ejército nada había que temer. Un avance que realizó Bermúdez al frente de una división no tenía al pare-

cer otro objeto que quitar recursos al Ejército Restaurador y si se mostrara atrevido, sería para colocarse a la cabeza de Recuay, disputarle la cuesta de Macas e impedirle la entrada a Huaraz. Contra esa posibilidad —escribía Gamarra a Bulnes desde Pativilca— no había sino un recurso: tomar primero Huaraz que, por otra parte, estaba amenazado por los montoneros. Para ello había que hacer que la caballería continuara su marcha a ese lugar apoyada en la retaguardia por dos batallones y precedida por tres que debían tomarlo. Torrico también apoyaría este movimiento. Todo esto en caso de que no hubiese peligro desde Chancay. Siempre en esta suposición, Vidal debía colocarse en Supe donde estaría seguro y desde allí podría unirse al grueso si se intentaba cortarlo. Pero si había peligro por Chancay debían adoptarse las siguientes medidas: desembarcar 400 peruanos escogidos con el coronel Frisancho, organizar con estos un batallón y otro al mando de Laiseca con los restos de Cazadores y Legión y desembarcar también a los Húsares, pues por eso pidió a Bulnes que la escuadra fondeara en Supe.³¹¹

Bulnes temía un avance del enemigo por Conchucos que significara un corte del Ejército Restaurador. Gamarra le objetaba que si el enemigo entraba en Conchucos no los cortaba, pues ellos tenían el mar y sus mismas orillas que conducían directamente al cuartel general de Casma y Santa. El coronel Frisancho que había venido de Huamachuco podía replegarse a Trujillo desde donde podría unírsele por mar. Si aún esto no podía hacerse él, Gamarra, obraría sobre el sur apoyado por la caballería.

Oportunamente, Bulnes dispuso —según dice el Diario Militar de Plasencia— que se levantase el croquis de toda la quebrada de Huaylas “y se procediese a tomar las noticias descriptivas que fuesen necesarias a designar las líneas territoriales y de maniobra que pudiese adoptar el ejército enemigo y el nuestro, como igualmente a marcar los puntos estratégicos en que se pudiese esperar por medio de una vigorosa defensiva”; también se redobló la vigilancia. Bulnes posteriormente consultó al general Cruz y al coronel Plasencia dónde convenía dar la batalla y Plasencia emitió un informe. De él resultaba que —escribía Bulnes a Gamarra— Recuay era inconveniente para esperar al enemigo, pues la magnífica llanura que tiene carecía de pasto y el enemigo podía retardar la batalla causando grave daño a la caballería. Santa Cruz, además, podía cortar las comunicaciones con el norte; convenía atraerlo más lejos. Por eso se había escogido la retirada que tenía muchas ventajas.³¹² Bulnes

³¹¹ Gamarra a Bulnes, Pativilca, 23 de noviembre de 1838. Nótese el tono directivo de esta carta.

³¹² Bulnes a Gamarra, de Huaraz, 17 de diciembre.

pretendía salir del valle donde se encontraba y dirigirse a Corongo para reunir allí todas las fuerzas.³¹³ Gamarra se inquietó con esto: en Corongo no había forrajes para 2000 cabalgaduras ni alimentos para todo el ejército. Entonces el enemigo no los atacaría, dejándoles tiempo para perecer u obligándolos a atacarlo en sus posiciones. En cambio, permaneciendo en el valle era el enemigo quien quedaba cortado. “Puesto al oriente de la cordillera, queda entre ésta, nuestro ejército y las montañas y sin comunicación con la costa, haciendo siempre vida de vivac y en estado de perder Tarma y Jauja”. Decía, sin embargo, que no quería variar el plan de campaña a destiempo, que cumpliría las disposiciones impartidas pero hacía ver los trabajos que tendrían si se abandonaba el valle de Huaraz por falta de víveres.³¹⁴

Sólo después del 1° de enero los buscaría el enemigo —decía Gamarra a Bulnes— dándoles tiempo para prepararse. Al encontrarse ya podrían presentarle al frente 6000 hombres. Convenía en estas circunstancias salirle al encuentro a vanguardia de una llanura y no hacer desmoralizadores movimientos retrógrados. Sólo en forma complementaria pensaba Gamarra obrar sobre Lima. Estaba preparando dos escuadrones y ellos apoyados por la escuadra más 300 infantes traídos desde Piura por Iguain y la caballería de Vidal entrarían en Lima para, al menos, uniformar la opinión y abrir brecha en la retaguardia del enemigo.³¹⁵

Corongo queda fuera del valle de Santa. Más al interior de Huaraz donde estaba el Ejército Restaurador se hallan Carhuaz, Caraz, Huaylas, Yuramarca, Pampas, y, más lejos todavía, Corongo. Plasencia marchó a recorrer la línea entre Carhuaz y Corongo para buscar una posición defensiva en que pudiesen jugar con éxito las tres armas, principalmente la caballería, conservándose la línea de comunicación con Santa y Libertad y conciliándose con estas ventajas la obtención de recursos y forrajes.

“El 23 —dice el mismo— dio parte el coronel Plasencia al general Jefe del Estado Mayor de haber reconocido a vanguardia de Caraz, una posición que llenaba las intenciones del general en jefe y que con muy poco trabajo se pondría en estado de defensa. Esta consistía en una llanura de una legua de extensión en cuyo recinto estaba situada la casa conocida con el nombre de San Miguel... S. E. el Presidente ha hecho al general en jefe justas observaciones sobre los inconvenientes que se presentan en

³¹³ Confirma esta versión obtenida directamente de la correspondencia entre Gamarra y Bulnes, lo que dice Plasencia: “Se mandó por el general Castilla un extraordinario al presidente notificándole que se dirigiese a Corongo...” (79).

³¹⁴ De Santa, 25 de diciembre. Archivo de la BNP.

³¹⁵ De Santa, 29 de diciembre. Archivo de la BNP.

el caso que se repliegue el ejército a Corongo aprobando únicamente la concentración en Caraz en la posición que queda descrita y que había reconocido en su tránsito para Trujillo”.³¹⁶ Así pudo prepararse el Ejército Restaurador tranquilamente, cortando puentes, comunicaciones, recursos, según su conveniencia.

34. Previsiones de Gamarra para los casos de triunfo y de derrota

El 29 de diciembre anunció Gamarra a La Fuente que había conseguido que el ejército no se moviera del departamento de Huaylas donde esperaba batirse y vencer.

Había dos alternativas que Gamarra preveía. Si Santa Cruz les daba batalla después de haberles dejado juntar 6000 hombres, “sea en hora buena pues antes de 15 días estaremos fuera del parto”, decía a La Fuente. En la batalla se podía ganar o perder. Si ganaban los restauradores, los escuadrones de que disponía La Fuente debían hacer un rápido movimiento sobre Lima para impedir la reunión del enemigo y la acción de las guarniciones de Lima y Callao, así como para recoger a los dispersos y apoyar al ejército que marchará sobre Jauja. Si eran vencidos esos mismos escuadrones protegerían a los dispersos que serían embarcados si eran de infantería y reunidos para después pasar el Santa y permanecer allí hasta nuevas órdenes si eran de caballería. Y los que tomaran el camino de Huamachuco se reunirían en Mollepata hasta ponerse en contacto con las tropas que La Fuente estaba formando. Reunidos todos en este punto se determinaría si se resistía en Cajamarca, Chachapoyas, etc. Si Santa Cruz sólo pretendía maniobrar y hostilizar parcialmente por el frente y flancos, entonces convenía incursionar por la costa pero de modo audaz, rápido “como el rayo”. Iguain bajo la protección de la escuadra debía principar este paso atrevido; varios cuerpos de ejército lo seguirían; de suerte que pudiera haber 1300 hombres a retaguardia de “Jetis”. “Entonces el enemigo se volverá loco”.³¹⁷

Bulnes en su correspondencia con Gamarra se ocupa sobre todo de urgir el envío de tropas, piezas de artillería, municiones, bagajes, víveres: estos últimos debían ser depositados también en lugares señalados.

³¹⁶ Diario Militar, p. 82. Hay una pequeña diferencia de fechas. Todavía el 25 y el 29 de diciembre sigue empeñado Gamarra en sus cartas en que no se vayan a Corongo. No existe en la BNP la carta en que Gamarra propone la concentración de que habla Plasencia.

³¹⁷ A La Fuente, 29 de diciembre de 1838. Archivo de la BNP.

También le pide que nombre oficiales de confianza para puestos delicados como la jefatura de vanguardia. “Sobre toda la presencia de Ud. mi querido general la creo indispensable como se lo he insinuado en otras ocasiones”.³¹⁸

35. Apreciaciones de resumen sobre la campaña

En resumen, pues, cabe llegar a algunas conclusiones sobre la campaña de Yungay. Gamarra y La Fuente tuvieron tiempo de reunir, organizar y suministrar al Ejército Restaurador, hombres, dinero y recursos. Gamarra prestó una ayuda esencial con su consejo de que no salieran del departamento de Huaylas. Plasencia fue también muy útil para el reconocimiento y elección de posiciones. Castilla fue jefe activísimo y muy apreciado por Bulnes; la batalla había de darle el relieve singular que no alcanzó en la campaña misma.

Esto no implica negar el aporte chileno. Era natural que el pensamiento directivo de la campaña fuera de los peruanos o de jefes que, como Plasencia eran peruanos de adopción. Conocían el territorio, sus recursos, sus habitantes, las características propias de la guerra en este país y en aquella región. Lo contrario hubiera ocurrido si jefes y tropas peruanas hubiesen ido a combatir en Chile. El principal mérito de Bulnes fue reconocer esto. Si Bulnes tiene un sentido celoso y detallista de su jerarquía y de su posición se habría introducido la discordia en el campo restaurador. Bulnes, a diferencia de Blanco Encalada, era soldado práctico, animoso, resuelto, pero ni terco ni vano. Además, Gamarra era muy astuto y diestro. Vivanco, en cambio, puesto a la cabeza de los peruanos habría creado rápidamente susceptibilidades y resistencias entre los chilenos con sus meticulosidades. Gamarra era sagaz en el consejo y sagaz en la acción. La Fuente, por ejemplo, pretendía que la escuadra quedara a sus órdenes. Gamarra le respondía que era asunto muy difícil: “yo no la he tenido hasta ahora ni siquiera el parque. En este orden Ud. sabe lo que son estos caballeros”. Se intentaba avanzar por la costa; La Fuente debía acompañar el movimiento de la caballería simplemente llevando infantería a bordo luego de haber pedido permiso a Garrido u otro jefe chileno”.³¹⁹

³¹⁸ Bulnes en Huaraz a Gamarra, 27 de diciembre. También insiste en la necesidad de este viaje en la carta de 31 de diciembre. Ver además cartas de 13, 18, 19, 22 y 23 (Archivo de la BNP.)

³¹⁹ Carta de 29 de diciembre cit.

El aporte chileno fue también decisivo en lo que respecta a su ejército. Por él pudieron organizarse tropas peruanas en la costa; y aun si ellas hubiesen logrado organizarse independientemente habrían caído derrotadas por los veteranos de Santa Cruz. En Matucana, en Llata ya habían mostrado los chilenos su valor y su disciplina. Magníficos soldados, evidentemente. A tanta distancia de sus patrios lares y en un territorio tan distinto al que ellos conocían, sin el señuelo de la conquista y sin el penacho de un caudillo, lucharon con denuedo y con disciplina.

36. Buin

De acuerdo con el plan de retirarse a la vista del enemigo, aparentando evitar la batalla, los restauradores desocuparon Huaraz el mismo día que fue ocupado por los confederales (5 de enero). Lo mismo iba a ocurrir en Carhuaz, pero el Protector precipitó su avance. En el puente de Buin se produjo un choque, en plena lluvia. El general confederal Guarda quedó herido. Se ha dicho que Santa Cruz pudo ser más tesoero y ardoroso en el ataque al puente y aun coger por retaguardia a Bulnes haciendo que sus soldados vadearan el río por la derecha o la izquierda. Habiendo sabido Morán por los indios del lugar que gran parte del ejército enemigo estaba echado detrás de un cerro inmediato sin poder continuar la marcha por estar los soldados despeados corrió a la tienda de Santa Cruz. Lo encontró durmiendo, lo despertó, le instó a pasar la quebrada y apresar al enemigo. Santa Cruz le repitió lo que le había contestado en Lima: "Mañana, Morán, mañana".³²⁰ Refiriéndose a este choque dice Santa Cruz: "una copiosa lluvia y la herida del denodado general Guarda que mandaba la vanguardia contuvieron el ímpetu de nuestras tropas, dando lugar a que el puente de Buin fuese cortado y nos impidieron aprovecharnos de las ventajas que habíamos empezado a obtener".

37. Avance de Santa Cruz a Yungay

Gamarra convocó entonces una junta de guerra (12 de enero) y en ella expuso que en vista de que Santa Cruz no los buscaba y tal vez se acantonaría en Carhuaz no era oportuno ni conveniente permanecer por más tiempo en la misma irresolución porque el ejército se minoraba diariamente por las enfermedades y porque dentro de pocos días le faltarían

³²⁰ Memorias de O'Connor cit., p. 292.

los víveres y forrajes para mantener las tropas y los caballos; que el plan que se había propuesto el jefe había sido cumplido en su parte principal que era atraer al enemigo. Se acordó el ataque mediante el paso del puente de Caraz.³²¹ Pero al día siguiente Santa Cruz ocupó Yungay y sus avanzadas llegaron a Punyán. El 15 pasó sin movimiento alguno, esperando los restauradores la embestida de Santa Cruz. A las 5 de la tarde se presentó al campo restaurador un parlamentario solicitando en nombre de Santa Cruz una entrevista con Bulnes; pero fue rechazado.

El 16 el propio Santa Cruz avanzó con su Estado Mayor a reconocer el atrincheramiento de los restauradores; y parece que se convenció de que era inexpugnable. “Los tengo bien agarrados” había dicho en una carta a Pío Tristán después de Buin; pero ahora quizá ya comprendía que en la puerta del horno se le estaba quemando el pan.

“Viendo yo —dice Santa Cruz— que había alguna desertión en las tropas peruanas y que nuestra fuerza había disminuido considerablemente en la marcha hasta Yungay, detuve mis operaciones no teniendo por conveniente forzar las posiciones de San Miguel en que se hallaba colocado el ejército enemigo que ya contaba más de una tercera parte de fuerza más que el mío”.

Santa Cruz empezó a cortar la reunión de recursos para los restauradores, bloqueándoles. Faltábales ya a éstos ganado para su manutención. Además, podía dar órdenes para que se le reunieran otras divisiones de ejército. Fue por eso que en junta de guerra celebrada en la tarde del 17 los dirigentes del Ejército Restaurador acordaron el ataque al ejército de la Confederación. El 9 se impartieron órdenes a los jefes de los cuerpos para que limpiasen el armamento y estuviesen prontos para marchar a las tres de la mañana del día siguiente en busca del enemigo. Fueron tomadas otras providencias necesarias y esa noche fue pasada en una agitación continua.

38. Situación de los ejércitos contendores antes de la batalla

Al decidir el ataque el Ejército Restaurador perdía sus magníficas posiciones defensivas. Si el plan primitivo de sus directores en Huacho había sido frustrado porque Santa Cruz burlando sus previsiones avanzó en su busca, ahora quedaba anulado el otro plan consistente en la espera desde posiciones ventajosas. Pero este sacrificio teórico quedaba com-

³²¹ Plasencia, diario cit. p. 101.

pensado por los peligros que entrañaba el parapetarse indefinidamente tras de las trincheras de San Miguel. El hambre y la miseria rondaban ya las tiendas de campaña levantadas tras de ellas. Y el ataque cogía al ejército santacrucino agotado y vacilante. Las marchas forzadas a través de cien leguas, en tiempo de aguas, por una región talada, habían ejercido su natural efecto. Entre enfermos, cansados y rezagados había en ese ejército más de 1300 hombres.

Las cifras a que alcanzaron ambos beligerantes en la batalla es variada según la naturaleza de las fuentes. Santa Cruz dice que su ejército no tenía más de 4052 hombres al paso que el chileno habiendo reunido sus depósitos, las altas de sus hospitales y dos batallones llegados del norte tenía cerca de 6000 hombres. Los documentos oficiales del bando restaurador calculan 6000 hombres en el ejército de Santa Cruz y 6000 en el restaurador.

En lo que respecta a los jefes, el ejército confederal tenía en el comando supremo al Protector. "Santa Cruz era un excelente administrador —dice el general O'Connor en sus Memorias— y se puede asegurar que con un primer magistrado como él, cualquier forma de gobierno marcharía al progreso. Conozco que esto es verdad. A ello me atengo y me basta". Era proverbial que cuando llegaba a una ciudad o departamento, averiguaba todo y le preocupaban no sólo el orden burocrático sino la disfunción de la enseñanza, de la vacuna, etc. Era, así mismo, proverbial, su incansable laboriosidad. También tenían valor considerable sus dotes de diplomático y de político. Como general en jefe era un magnífico comisario; cuidaba con escrúpulo de que nada faltase al soldado en cuanto a alimentación, vestuario, pago exacto, disciplina y moralidad. Pero llegaba a lo inferior cuando tenía que disponer del ejército frente al enemigo. La campaña de intermedios, en la guerra de la Independencia, llamada "la campaña del talón", que él dirigiera por parte de los patriotas, fue un desastre para éstos. En el triunfo de Yanacocha influyeron decisivamente la mejor organización y el mayor número del ejército boliviano en relación con el de Gamarra. En Socabaya el comando estuvo virtualmente en O'Connor y en Brown; y Santa Cruz intentó hacer creer que había dado órdenes al primero de estos generales. El eficaz apoyo del paisanaje, la obtención de mejores posiciones mediante el conocimiento mejor del territorio y la superioridad numérica fueron también factores colaborantes en Socabaya así como, dos años más tarde, en Paucarpata.³²²

³²² Véase en las Memorias de O'Connor (pp. 206, 221, 261, 291) algunos vívidos detalles de Santa Cruz como administrador. En la p. 250 y siguientes, los curiosos incidentes relacionados con la participación decisiva de O'Connor y de Brown en Socabaya.

Tales factores no existían en la campaña de 1838, hecha un poco a tontas y a locas ante la amenaza de los pronunciamientos y de las defeciones de los áulicos y secuaces anteriormente serviles e incondicionales; persecución al ejército chileno que si tenía esta explicación política, militarmente sólo hubiera sido explicable en caso de una notoria superioridad de los confederales. De otro lado, la compensación habría estado en la eficiencia de los generales acompañantes de Santa Cruz en esta campaña.

Entre estos jefes el más valiente era Morán; pero sus condiciones eran más para comandar un batallón o una división que para dirigir una campaña. Urdininea había sido traído por sospechoso. Los demás jefes eran medianos: Bermúdez, Herrera, Armaza, Quiroz, Guilarte. Entre los que Santa Cruz había dejado tras sí, Cerdeña que se había quedado en Arequipa ante la posibilidad de un reembarco de los restauradores y de una nueva expedición al sur era elemento magnífico e hizo falta en Yungay; Otero había dado motivos para desconfiar de él por la derrota de Matucana; Pardo de Zela no tenía relieve; Riva-Agüero no era militar genuino; Brown permanecía, aunque sin mando, en Bolivia, lo mismo que O'Connor. Este hubiera sido un excelente auxiliar en la campaña porque había recorrido aquellos lugares del norte del Perú en la campaña libertadora y había, como jefe de Estado Mayor del ejército patriota, levantado el plano de la región de orden de Bolívar; habría sido para Santa Cruz lo que Plasencia para Bulnes y Gamarra.

Los jefes de menor graduación y los oficiales de Santa Cruz eran excelentes. Se creía que en este ejército la caballería era inferior a la infantería; aunque en la batalla, según la versión oficial santacruzina, aquella se portó mejor. En cuanto a recursos y movilidad disponían sólo de los medios terrestres. De otro lado, la moral del ejército estaba relajada. Buen número de jefes y oficiales habían brindado en Tarma "por la caída del tirano"; varios jefes distinguidos mostraban cansancio; se dijo mucho que, poco antes de Yungay, el coronel boliviano Magariños mandado para ejecutar una marcha de noche se puso en comunicación con Gamarra, hecho que influyó en la batalla.

En cuanto a las circunstancias generales del momento, los confederales tenían desventaja. Una victoria de ellos no hubiera sido absolutamente decisiva porque aparte de los restos del Ejército Restaurador cuyos movimientos en caso de derrota ya habían sido previstos por Gamarra habría quedado una nueva perspectiva de lucha con los refuerzos de Chile, en viaje o por embarcarse. Una derrota confederal tenía que precipitar el descontento latente en el Perú y Bolivia.

El ejército unido restaurador tenía en realidad doble comando: Bulnes, general en jefe oficial, y Gamarra cuyo carácter de Presidente de la República, conocimientos del territorio y experiencia militar en el país lo hacían un consejero indispensable. Lo que en Gamarra podía haber de falta de arranque bélico, lo compensaba la combatividad de Bulnes; y, a la vez, sin Gamarra, Bulnes hubiera errado ciego por el territorio peruano. La actividad y el espíritu de organización de Gamarra tenía su mejor auxiliar en Castilla que mandó en Yungay a la caballería y cuyas condiciones magníficas de soldado y de jefe se exhibieron tantas veces en jornadas decisivas de nuestra Historia en los años posteriores a éste en que comenzó por obra de su propio esfuerzo a diseñarse con singular relieve. Eléspuru, Vidal, Torneo, Lopera, Ugarteche, Deustua, Frisancho eran jefes fogueados en las faenas de la guerra y cuya decisión contra Santa Cruz había sido probada en anteriores campañas y en largos años de proscripción y de miseria. Plasencia, director táctico de la campaña, era otro auxiliar importantísimo. Los soldados del Ejército Restaurador eran, en parte, veteranos y en parte recién improvisados en el norte. Su base estaba en los chilenos que, actuando en tierra extraña, no podían ser propensos a la desertión ni a la traición. Contaban con pocos recursos; pero tenían a su favor, aunque lejana, la movilidad por el mar.³²³

39. La versión chilena de la batalla de Yungay

La mejor versión chilena de Yungay ha sido dada por Sotomayor Valdés en esta forma:

Frente a frente de San Miguel y de la pequeña población de Caraz, y a la distancia de tres leguas, hacia el sur, está el pueblo de Yungay, delante del cual había tomado sus posiciones el ejército del Protector. El camino que media entre ambos lugares, está marcado y limitado por el caudaloso Santa, que corre por su costado occidental, y el cordón de los Andes, que va por el otro costado o línea oriental. El camino es ancho y de fácil tránsito desde San Miguel hasta dos leguas adelante; pero después adelgaza y encajona a mano derecha, entre el Santa y un cerro alto y áspero que, desprendido y un tanto avanzado de la cadena de los Andes, presenta una posición para la defensa del camino y los terrenos contiguos. Este ribazo

³²³ Carta de Espinar, en Guayaquil, a Gamarra, 29 de enero de 1839 examinando los elementos de uno y otro bando. (Archivo de la BNP.)

se llama cerro de Punyan y forma parte de una heredad del mismo nombre que se extiende a sus alrededores. Pasado este trecho angosto del camino, que es casi un desfiladero, se llega a un explaye un tanto ondulado, en medio del cual y en frente del cerro de Punyan, se alza un montículo aislado, de forma cónica, llamado Pan de Azúcar, y cuyas faldas y contornos presentan una pendiente tan violenta, que escaso de durísima fatiga el trepar hasta su cima. Un poco más adelante se halla cortado el terreno de oriente a poniente por el profundo barranco del torrente Ancash, que baja de los Andes y se vacía en el Santa. Al otro de este barranco, cuya pared izquierda es de una gran altura en casi toda su extensión, está propiamente el campo de Yungay, y está limitado y defendido al mismo tiempo hacia el oriente por las crestas fragosas de un cerro que forma parte del sistema de los Andes; hacia el poniente por el río Santa, al norte por el mencionado Ancash y al sur por el pueblo de Yungay.

En la mañana del 20 de enero el campamento del Protectorado estaba organizado y distribuido en la siguiente forma: cinco compañías, compuestas de seiscientos infantes, con el general Quiroz a la cabeza, ocupaban el cerro Pan de Azúcar, que como una plaza fuerte se presentaba dominando el camino real y todo el terreno que a uno y otro lado se extiende correspondiente a la hacienda de Punyan. Al otro lado del río Ancash y tras un largo parapeto de piedra y barro, paralelo al mismo río, estaban desplegadas en batalla la división del general Herrera que formaba el ala derecha, y la división del general Morán, que ocupaba la izquierda. En el centro y a retaguardia de estas dos divisiones, tres piezas de artillería y otra más colocada al extremo del ala derecha, sobre la falda del cerro que hemos dicho limita y defiende por el oriente el campo de Yungay. Más al fondo y escalonados hasta cerca del pueblo de este nombre, desplegábase dos cuerpos de caballería con 650 plazas, mandados por el general Pérez de Urdidinea. Detrás de esta fuerza había tomado el Protector su puesto de observación y de mando.

Se vé, pues, que este campamento apoyaba su derecha sobre las alturas más contiguas de la cordillera de los Andes, y su izquierda sobre el río Santa; que su frente estaba defendido en primer término por la plaza avanzada del Pan de Azúcar, luego por el barranco de Ancash y en último lugar por la barrera o parapeto de piedra que mencionado queda. Un puente rústico que servía para atravesar el Ancash, enfilando con el camino real, había desaparecido.

A las cinco de la mañana del 20 de enero emprendió su marcha hacia

Yungay el ejército unido restaurador. Formaban su vanguardia cuatro compañías de cazadores a las órdenes del comandante Valenzuela, otras cuatro del ejército peruano mandadas por el coronel Lopera, y un escuadrón de cazadores a caballo, yendo toda esta fuerza al mando inmediato del general don Crisóstomo Torrico. Seguía la primera división compuesta de los batallones Carampangue, Portales y Cazadores del Perú, a las órdenes del general peruano don Juan Bautista Eléspuru. La segunda división componíanla el Valparaíso, el Colchagua, el Huaylas, recientemente formado, y seis piezas de artillería, bajo la dirección del general don Francisco Vidal. Formaban una tercera división los batallones Santiago, Aconcagua y Valdivia, y por último, los diversos cuerpos de caballería formaban una cuarta división, bajo el mando del general don Ramón Castilla. Consta todo este ejército de sólo cinco mil doscientos sesenta y siete hombres, figurando entre estos un contingente como de ochocientos peruanos, que formaban los batallones Huaylas y Cazadores del Perú.

Apenas organizada la marcha, fué destacado el batallón Aconcagua para dominar las alturas del flanco izquierdo y particularmente el cerro de Punyan que, como ya observamos, era un punto asaz peligroso para un ejército en tránsito; y para el acierto de esta precaución marchó agregado al Aconcagua el coronel Ugarteche como conocedor muy práctico de todo aquel terreno.

El ejército continuó avanzando y atravesó sin novedad el trecho peligroso del camino, es decir, el desfiladero entre el Santa y el cerro de Punyan, ocupado por el Aconcagua, que descendió luego por la quebrada que media entre dicho cerro y el Pan de Azúcar, y fué a reunirse al grueso del ejército, sufriendo sin contestar el fuego de las compañías bolivianas que guarnecían esta última altura. Advirtiósese luego que una columna enemiga trepaba por la misma quebrada por donde había bajado el Aconcagua, lo cual revelaba la intención de flanquear la izquierda de las fuerzas restauradoras; visto lo cual, el general Bulnes dispuso inmediatamente que el teniente coronel López con tres compañías de los batallones Portales, Valdivia y Huaylas se apoderase de aquella eminencia y rechazara al enemigo.

Entre tanto el general Bulnes no había conseguido, a pesar de todas sus diligencias, formar cabal idea de la verdadera posición y arbitrios de defensa del campo contrario, del que distaba algunas cuerdas, sin poderlo contemplar desde un punto conveniente. El general miraba a su izquierda los cerros de Punyan y Pan de Azúcar, al pie de los cuales y merced a lo quebrado del terreno y a la baldía vegetación que lo cubría, iban apare-

ciendo columnas enemigas, cuyo número no le era dado calcular. Miraba a su derecha las casas de la hacienda de Punyan, medio escondidas entre una masa de vegetación y donde era muy probable que se hallaran apostados en acecho algunos grupos del campo contrario. Cerca de estas casas había un ribazo que presentaba un lugar adecuado para observar el campamento del Protector. Bulnes se propuso apoderarse de esta colina y de las casas de Punyan, y al efecto destacó algunas columnas de cazadores que se apoderaron de aquellos puntos sin peligro, pues no hallaron enemigos, y apenas si una mitad de caballería que se divisaba al frente como en observación de los movimientos del ejército chileno, la que abandonó su puesto con sólo dos tiros de cañón que se le dispararon. Dueño ya de la casa y altura que acabamos de mencionar, pudo el jefe del ejército chileno reconocer “que a pocas cuadras de distancia se encontraba un barranco profundo de bordes muy escarpados, por cuyo cauce corre un pequeño río, que bajando de la cordillera, corta horizontalmente el terreno y se precipita en el Santa; que al otro lado de la barranca había formado los enemigos un parapeto de piedra de bastante consistencia, apoyando su derecha a una altura de segundo orden contigua a la cordillera, y su izquierda al río Santa, cubriendo su centro un obús y dos piezas colocadas sobre el desfiladero”.

El general se dió a entender que la línea enemiga estaba bien establecida y que el primer paso para empeñar la batalla general, debía consistir en atacar y rendir la plaza avanzada del Pan de Azúcar. El teniente coronel López, que, según ya dijimos, había partido con tres compañías para dominar el Punyan, consiguió derrotar otras tantas enemigas en lo alto del cerro, obligándolas a descender precipitadamente. Al mismo tiempo el batallón Aconcagua, que tan cumplidamente había apoyado la marcha del ejército horas antes, era destacado de nuevo por el general Bulnes para cortar la retirada a la tropa que acababa de vencer López y barrer cualquiera fuerza contraria que encontrase entre Punyan y Pan de Azúcar. El Aconcagua, en efecto, se encontró a poca distancia con un cuerpo enemigo en la falda de la primera montaña, y haciendo sobre él un vivísimo fuego, logró pronto desalojarlo y apoderarse del terreno.

Partieron entonces las compañías de cazadores del Carampangue, del Santiago, del Valparaíso y la sexta de Cazadores del Perú, a las órdenes del comandante Valenzuela, acompañado del coronel peruano Ugarteche, y dirigiéndose resueltamente al temible reducto de Pan de Azúcar, dejaron comprender que llevaban el encargo de batirlo y ocuparlo. El ejército entero advirtió que iba a presenciar un espectáculo romanezco, como preñado de peligros, y fijó su mirada en aquel escenario donde no había más alternativa que morir o vencer.

Eran las nueve de la mañana y en el horizonte despejado y límpido reverberaba el sol, difundiendo un calor sofocante. Las columnas de asalto rodearon la base del cerro y por diversos lados emprendieron el difícil ascenso, y mientras el enemigo les lanzaba de lo alto una granizada de balas y de piedras y un cañón situado sobre el ala derecha del campo del Protector menudeaba sus fuegos, las músicas militares del ejército chileno llenaban los aires con los acordes de la canción nacional. Y era de ver cómo aquellos soldados atrevidos subían y subían por los costados casi inaccesibles de aquel terrible cono, asiéndose, ora a un arbusto, ora a un risco saliente, apoyándose algunas veces los unos en los otros y las más en sus propios fusiles, con lo que tenían que renunciar a la engorrosa maniobra de cargarlos y contestar al fuego enemigo. Así, y rodando y sucumbiendo no pocos en la tentativa, llegaron los asaltantes hasta el promedio del repecho, y amenazaban una trinchera de piedra que poco más arriba, sobre una ceja del cerro se divisaba, defendida por una columna avanzada; la cual al contemplar de cerca a tan osados y tenaces enemigos, desmoronó sobre ellos todo el parapeto que le servía de defensa y se corrió hacia arriba para juntarse con el resto de la guarnición de la meseta del cerro.

Cayeron nuevas víctimas; pero el ascenso continuó, como si el peligro y la sangre misma retemplarán los bríos de aquella gente que no anhelaba ya más, sino combatir cuerpo a cuerpo. Llegaron por fin al borde de la cima deseada, donde los aguardaban bien parepetados los soldados de Quiroz. Al tocar la meseta de Pan de Azúcar, la tropa asaltante jadeando y cubierta de sudor y de polvo, iba más que diezmada. El heroico comandante del Carampangue don Jerónimo Valenzuela y el sargento mayor don Andrés Olivares, habían sucumbido en el camino, y muertos o moribundos quedaban también en él los más de los oficiales, habiendo compañía que se encontró al fin sin más jefe que un sargento 2°. Una vez sentado el pie en aquel último reducto, los asaltantes no estaban ya en situación de aguardar órdenes, ni de formar en línea regular, sino que impulsados por la avidez del combate y movidos como por un solo resorte, se precipitaron sobre las trincheras enemigas con tal ardimiento, que en pocos minutos fué rota y despedazada toda la columna contraria. Los soldados de Quiroz, muy valerosos al principio, iban sucumbiendo rápidamente en aquella descomunal pelea; muchos cogidos del temor y ciertos de no hallar cuartel, se precipitaban y rodaban por las laderas del cerro, donde los alcanzaba, sin embargo, el fuego de la tropa chilena, posesionada ya de la altura. Aquellos hombres esforzados que, a manera de tigres, acababan de trepar por las paredes de la empinada colina, tigres fueron también en la ferocidad del ataque. [“]Las cinco compañías

que guarnecieron la cima del Pan de Azúcar (dice el parte oficial del general Bulnes, al terminar la breve relación de este terrible episodio) perecieron todas y con ellas el general Quiroz, que las mandaba, un coronel y sus demás oficiales”.

La toma del Pan de Azúcar llenó de asombro y turbación al Protector, que creía inexpugnable aquella plaza y vió desconcertado su plan de defensa y ataque. Antes que la columna de Valenzuela pusiera punto a su hazaña, un batallón escogido (el n.º 4 de Bolivia) había salido del campo protectoral en auxilio de la guarnición de Pan de Azúcar. Este batallón dividido en dos partes, una de las cuales llevaba a su cabeza al más tarde célebre general y presidente de Bolivia don Manuel Isidoro Belzu, atravesó el barranco del Ancash por un sendero practicado en la parte próxima a los cerros donde terminaba el ala derecha del ejército del Protector y donde se había colocado una pieza de artillería. Advirtiéndole este nuevo peligro que amenazaba a los asaltantes del Pan de Azúcar, el general Bulnes destacó inmediatamente contra el 4º de Bolivia al batallón Colchagua comandado por el coronel don Pedro Urriola. A favor de unos espesos matorrales que cubrían el campo y que el enemigo había descuidado arrasar, Urriola pudo ocultar su tropa y sorprender al batallón enemigo, cuando ya iba muy cerca, con una descarga cerrada y tal, que hizo grandísimo estrago en sus filas. No perdió su formación, ni retrocedió un punto el batallón boliviano, sino que desplegando una heroica intrepidez, se lanzó a bayoneta sobre el Colchagua, hasta hacerlo vacilar; pero algunas compañías del Portales mandadas en apoyo de éste, restablecieron el combate en términos que el batallón boliviano huyó a guarecerse en las posiciones del otro lado del Ancash, pasando el barranco casi juntamente con una de las compañías del Portales, que obstinada en la persecución, se vió de repente sobre las trincheras del ala derecha ocupada por la división boliviana del general Herrera. La situación no podía ser más peligrosa; la única hazaña posible para aquel pelotón de soldados que se habían alejado en demasía de su centro de operaciones, habría consistido en morir peleando. Hubo soldado que encontrándose muy cerca de la trinchera enemiga cogió por los cabellos a un oficial y lo sacó fuera de ella. La columna de Portales hubo de retroceder a fin de repasar el Ancash abrumada por los fuegos del enemigo.

En los momentos anteriores, cuando luchaban encarnizadamente el Colchagua y parte del Portales con el batallón 4º de Bolivia, cayó herido de muerte el general peruano don Juan Bautista Eléspuru, quien como jefe de la primera división del Ejército Restaurador, a la cual pertenecía

el Portales, quiso conducir personalmente al combate y animar con su presencia a las compañías de este cuerpo que fueron enviadas en auxilio del Colchagua.

El general Bulnes creyó llegado el momento de empeñar la batalla general, y al efecto ordenó que los batallones Colchagua y Valdivia atacasen la derecha de los enemigos, y que el Portales siguiendo el camino real amagase el centro de las trincheras en que estos se defendían. Era preciso atravesar el barranco del Ancash y avanzar a cuerpo descubierto. Entraron luego en la línea de ataque el batallón Cazadores del Perú y una mitad del batallón Huaylas. Un fuego vivísimo de fusilería y de cañón estalló en ambos campos desde los primeros momentos. Al lado derecho del Ancash quedaban como reserva toda la caballería chilena, situada sobre el camino real, y el batallón Santiago, a cuyo lado estaba impaciente y confiado al mismo tiempo el Presidente Gamarra, a quien el general Bulnes había suplicado que moderase su ardor belicoso y no expusiera sin necesidad su vida, que al cabo era la vida del jefe de la República. Estaban además en la reserva los batallones Carampangue y Valparaíso y la otra mitad del Huaylas. Las pocas piezas de la artillería chilena que también habían quedado en el campo de Punyan, colocadas convenientemente y dirigidas por su intrépido comandante don Marcos Maturana, hacían un fuego certero y nutrido, mientras la artillería enemiga perdía casi todos sus disparos.

El general Bulnes resolvió flanquear la izquierda del enemigo, que estaba apoyada en el río Santa, y confió este difícil trance a los batallones Carampangue, Santiago y una mitad del Huaylas, que precipitándose en el foso de Ancash, treparon por su borde opuesto donde el torrente desemboca en el río. Fué sostenido este movimiento por tres escuadrones de caballería y un cañón, a las órdenes del general Castilla. El fuego abarcó entonces toda la línea, multiplicando sus víctimas a medida que las columnas de ataque avanzaban más y más sobre las trincheras enemigas. Momento hubo, en que el Portales, adelantándose a embestir los parapetos de la línea contraria, se encontró empeñado con toda ella, y abrumado por el fuego y el cansancio, comenzó a retroceder, visto lo cual por los jefes del 3º de Bolivia, hicieron que este batallón abandonase su trinchera y acometiese con las bayonetas al cuerpo que se retiraba. Bulnes, que observaba muy de cerca el combate y no quitaba ojo ni a los más pequeños incidentes, corrió hacia el Valparaíso, que estaba disponible, y poniéndose a su frente, atravesó con él el cauce del Ancash y lo envió en auxilio del Portales, cuyos soldados se rehicieron y reanimaron a la presencia de aquel refuerzo. El Valparaíso, dirigido por su bravo comandante Vidaurre

Leal, tomó inmediatamente el primer lugar en el campo de la refriega y contuvo el movimiento de avance que, a ejemplo del 3° de Bolivia, comenzaban a ejecutar otros cuerpos de la línea enemiga.

Entre tanto, por el mismo punto que acababan de atravesar las columnas de infantería encargadas de amagar la izquierda del ejército protectoral, discurrió el jefe del Estado Mayor don José María de la Cruz, hacer pasar algunos escuadrones de la caballería, que permanecía inactiva y como detenida fatalmente por el profundo barranco del Aneash. Atrevidísima era la empresa, pues apenas era dado a las caballerías desfilarse de una en una por aquel estrecho paso. Fué uno de los primeros en ejecutar esa travesía el coronel don Fernando Baquedano, comandante general de caballería, el cual, arrastrado por su ardor marcial, no bien vió reunidas al otro lado del barranco unas cuantas mitades del primer escuadrón del regimiento Cazadores a caballo, se lanzó con ellas a la carga sobre la infantería enemiga. Acudieron en protección de ésta la escolta del Protector y los Lanceros de Bolivia, y contra toda esta fuerza fueron a estrellarse los ginetes de Baquedano, que acosados por columnas formidables y colocados en un terreno escabroso, lleno de zanjas y cerca, se desordenaron por completo y hubieron de replegarse en dispersión a su punto de partida. Acababan de reunirse allí el resto del primer escuadrón de Cazadores y el cuerpo de lanceros mandados por el capitán Palacios, en cuya compañía se rehicieron al momento las mitades que venían de combatir, y poniéndose al frente de ambos escuadrones el coronel Baquedano, que había sido herido, aunque ligeramente, en la refriega, emprendió una nueva carga contra el enemigo y puso en fuga por de pronto a los Lanceros de Bolivia. Pero una gruesa reserva de ambas armas sostuvo a éstos y obligó a Baquedano a replegarse de nuevo, a la sazón que el segundo y tercer escuadrón de Coraceros y el de Carabineros de la Frontera, organizado y mandado por el teniente coronel García Pizarro, acababan de vencer el desfilar del zanjón y de recibir la orden de acometer. Por tercera vez arremetió Baquedano; pero en esta ocasión con casi toda la caballería chilena, que desalojó a la boliviana de sus posiciones, la cual, confusa y desordenada, corrió a apoyarse en los más próximos cuerpos de infantería. “La simultaneidad, prontitud y arrojo (dice el general Bulnes en el parte de esta batalla) con que todos estos cuerpos, puestos a la carga, ejecutaron sus movimientos en los instantes en que por todas partes se esparcía la muerte, llenaron de espanto al enemigo. El terror se apoderó enteramente de ellos cuando vieron atacada su reserva y mezclada nuestra caballería con sus tropas de ambas armas. Entonces nuestra infantería, que había ya flanqueado su izquierda, redoblando sus esfuerzos, saltó

por los atrincheramientos enemigos, rompiendo sus filas y los puso ya en completa y desordenada fuga, contribuyendo eficazmente a este brillante triunfo el escuadrón Granaderos a Caballo, al mando de su comandante Jarpa, que había quedado de reserva en la casa de Punyan y cargó oportunamente. La persecución fué tan violenta, que la caballería enemiga entraba mezclada con nuestros soldados por las calles de Yungay, y en esta disposición siguieron hasta tres leguas, quedando el campo por todas partes sembrado de cadáveres contrarios”.

“El enemigo ha perdido en la gloriosa jornada de Ancash dos generales y más de mil cuatrocientos soldados muertos, entre los cuales se encuentran un número considerable de oficiales; tres generales, nueve coroneles, ciento cincuenta y cinco oficiales de todas graduaciones y mil seiscientos soldados prisioneros, sin contar con las partidas de dispersos que diariamente se presentan; siete banderas, toda su artillería y parque, dos mil quinientos fusiles, cajas de cuerpo, botiquines y todo el material de su ejército, pudiendo asegurarse que sólo Santa Cruz ha escapado con algunos jefes bien montados y ciento y tantos hombres de caballería que fugaron en diferentes direcciones, la mayor parte desarmados y heridos”.

Nuestra pérdida ha consistido en un general, dos jefes, once oficiales y doscientos quince individuos de tropa muertos, y veintiocho oficiales y cuatrocientos siete soldados heridos...

“Entre tanto, considero un deber mío recomendar a V. E. al general Jefe del Estado Mayor General, don José María de la Cruz, quien con una serenidad imperturbable ha dado colocación a las fuerzas y continuado su activo servicio durante acción. Asimismo toda la exige la justicia que haga una particular mención del mérito contraído en esta campaña por el coronel don Antonio Plasencia, ayudante general comandante del Estado Mayor General, cuyos conocimientos y empeñosa contracción me han sido siempre de mayor utilidad. Igualmente creo que debo hablar en este lugar de la consideración a que es acreedor el esforzado comandante del Portales, don Manuel García, que condujo su cuerpo al combate con una singular intrepidez y bizarría, acompañado siempre en lo más duro del choque por el valiente mayor Torres. Séame, por último, permitido pagar aquí un tributo de admiración y respeto a la memoria del benemérito y bravo general Eléspuru, del veterano y valiente comandante Valenzuela, del no menos denodado mayor Olivares y de once oficiales que han terminado su carrera ilustre con una gloriosa muerte en el campo de batalla”.

Seis horas duró este encarnizado combate. A las cuatro y media de la tarde los cuerpos de caballería perseguían a los enemigos en todas direcciones, consiguiendo reunir hasta ochocientos dispersos y apoderarse en Recuay de sesenta cargas de vestuario del ejército vencido.

El presidente Gamarra, testigo de la batalla y que como actor durante gran parte de ella, sin esquivar el peligro, había visto herido su caballo, proclamó lleno de júbilo en el mismo campamento de la acción, Gran Mariscal de Ancash al general Bulnes y dió el grado de general de división del Perú a don José M. de la Cruz.

Tanto Gamarra como Bulnes contrajeron sus primeros y más solícitos cuidados a los heridos de ambos ejércitos, a quienes hicieron depositar por de pronto en el templo parroquial de Yungay. El cadáver del general Quiroz fue sepultado con las solemnidades que las circunstancias permitían.

40. La versión peruana antisantacrucina de la batalla de Yungay

Coincide con la versión chilena la que ha sido dada por escritores peruanos antisantacrucinos (Paz Soldán, Valdivia). Pero difiere de ella en un detalle: la participación decisiva de Castilla en la victoria.

Valdivia hizo esta rectificación en 1863 en una carta que con seudónimo dirigió a Bulnes;³²⁴ y luego en su libro *Revoluciones de Arequipa*. Paz Soldán transcribe la versión de Valdivia agregando que la oyó de labios del propio Castilla quien afirmaba que si Bulnes u otro quería negarla, estaba pronto a probarla con el testimonio de los mismos jefes, testigos presenciales.

Dice Valdivia:

Cerca de la una del día había obtenido ya Santa Cruz grandes ventajas, especialmente en el centro, pues había vuelto caras en gran desorden sobre su izquierda el regimiento Cazadores de los Andes, que fué mandado en apoyo del regimiento Portales y del batallón Huaylas que se hallaba muy diezmado.

En tan peligrosa situación, el general en jefe del ejército unido, Bulnes mandó suspender el ataque, ordenando la retirada sobre la posición de

³²⁴ El Comercio, N.º 7924 de 28 de septiembre de 1863. *Revoluciones de Arequipa*, pp. 205 y 206.

San Miguel, legua y media a retaguardia del campo de batalla.

En tales circunstancias encontró el general Castilla a los coroneles Sesé, del batallón chileno Santiago, y Vivero, del batallón peruano Huaylas, en retirada; y les ordenó con imperio volviesen a la pelea. El coronel Sesé obedeció, y retrocedió audazmente a sostener el puesto que había dejado. El coronel don Mariano Vivero, que sólo tenía ya parte del batallón Huaylas, dijo a Castilla: la orden de retirarme ha sido del general en jefe del ejército. Castilla insistió en que retrocediera a paso de trote; y Vivero lo verificó.

Momentos después se encontraron Castilla y Bulnes. Castilla le dió parte de lo que había ordenado. El general Bulnes, después de una interjección militar, le dijo: nos han sobado: retirémonos a San Miguel, donde podremos continuar el ataque. Castilla con el ímpetu de su genio, y contestándole con igual interjección, le dijo: ya no estamos en ese caso; y la pampa es muy ancha para que pudiéramos llegar a San Miguel sin ser destrozados. No nos queda otro recurso que formar aquí un charco de sangre, para que se ahoguen en él, juntamente con nosotros el ejército de la Confederación.

El general Bulnes no dijo palabra; y Castilla, dejándolo, corrió velozmente en busca del general Gamarra, le contó lo sucedido y le preguntó si podría sostener su puesto un cuarto de hora más; añadiéndole: me basta ese tiempo para llevar a cabo la maniobra atrevida que me he propuesto verificar. Gamarra le contestó con una energía que jamás se le había notado: —Vaya Ud. y ejecute su maniobra, que yo sostendré este puesto una hora, si fuese necesario.

Castilla corrió a donde el general Eléspuru, comandante de la primera división, que principiaba también su retirada, y lo hizo regresar hasta el punto que había dejado, apoyándolo con el batallón y escuadrón de carabineros, que se hallaban en reserva a las órdenes del coronel peruano Frisancho. Este también marchó al trote de orden de Castilla.

Dejado en arreglo todo lo dicho; y tomando Castilla el batallón Santiago y el escuadrón Lanceros, y colocado a su cabeza, forzó la posición de Santa Cruz por la boca de la quebrada de Ancash.

Así con esta intervención singular, aislada y salvadora se ha consolado el orgullo nacional ante la primacía que, aparentemente, corresponde a Chile en la victoria de Yungay. Análogo consuelo profundamente

criollo porque se basa no en algo colectivo sino en algo personal, no en algo preparado sino en algo espontáneo, no en algo vulgar sino en algo providencial —ha habido en otras ocasiones: por ejemplo cuando se ha hablado de la participación decisiva de Rázuri en la victoria de Junín.

41. La versión santacrucina de Yungay

“Una insigne traición estallada en los críticos momentos del combate, ha sido el desgraciado acontecimiento que nos priva hoy del triunfo”, dijo Santa Cruz apenas llegó a Lima, después de la batalla.

Según la versión del órgano del Protectorado a las 6 a.m. del 20 notóse un movimiento general del enemigo. La posición de los Perú-bolivianos era inexpugnable pues fué ocupado un cerro inmediato al frente de su campamento que dominaba el camino que debían atravesar los enemigos por cualquiera de sus flancos, porque a un tiempo la fuerza colocada en aquel punto inaccesible defendía al ejército al cual pertenecía y atacaba la retaguardia enemiga en el caso de precipitarse su avance. Una compañía del batallón Ayacucho, porción selecta del ejército Perú-boliviano, fué mandada para retener esta llave maestra de la batalla. A la derecha y a mucha distancia pero junto a la posición que debía disputarse, se presentó un batallón enemigo que a los muy pocos disparos de la compañía del Ayacucho dejó el puesto quedando por los confederales el cerro del frente. Con el objeto de sostenerlo se mandó al coronel Guilarte con una compañía de cazadores y tres compañías más, que formaban 700 hombres: la mejor tropa del ejército que debía ser más y más apoyada. Se les envió también municiones para una larga resistencia y cantimploras con agua. Una pequeña partida enemiga se colocó en la cima dominada por Guilarte y la columna de éste fué retrocediendo por la derecha sin un disparo, abandonando su posición vergonzosamente. Empezó luego el ataque por la izquierda donde estaba Morán y vinieron seis horas y un cuarto de combate honroso. La infantería confederal no se portó tan bien como se esperaba, acaso por la influencia de la actitud de Guilarte. Cedió la izquierda y Morán a la cabeza de la caballería atacó a la infantería enemiga que estaba protegida por los coraceros. No fué la caballería ayudada por la infantería y el enemigo hizo estragos entre los Lanceros. La victoria se pronunció al fin a favor del enemigo y los Lanceros se retiraron al norte por caminos escabrosos. La huida de Guilarte de una inexpugnable posición con 700 soldados escogidos fué la causa de

³²⁵ El Eco del Protectorado, N.º extraordinario, de 28 de enero de 1839.

este desastre.³²⁵

42. Intermedio musical. El "himno de Yungay"

Los chilenos se adjudicaron la exclusividad de la victoria de Yungay. De esta convicción nació allá una marcha militar que hasta ahora es entonada por los soldados en las marchas, por los ciudadanos en las manifestaciones patrióticas, por los niños en las actuaciones escolares. No hay marchas conmemorando las victorias de Tacna, Arica, Chorrillos, Miraflores, etc., auténtica y genuinamente chilenas; pero sí ésta sobre Yungay:

Cantemos la gloria
del triunfo marcial
que el pueblo chileno
obtuvo en Yungay.

La glorificación del triunfo indiscutible, la conciencia del orgullo nacional satisfecho, la certeza de la gloria laten en esta marcha. Acompasada, simétrica, regular, casi lenta, es símbolo de un pueblo homogéneo, disciplinado, tenaz. Himno colectivo, popular, permanente. Nuestra historia republicana no ha originado un himno genuinamente peruano, parecido. En primer lugar, porque sería imposible ese acento de victoria y de ufanía. Además, porque nuestro pueblo es más olvidadizo y más disociado.

Nuestra historia republicana sólo podía producir dos clases de marchas militares: el "Ataque de Uchumayo" y la "Marcha Morán". La una nació después del fugaz triunfo obtenido en la campaña de Arequipa sobre el ejército de Santa Cruz en 1835. Encarna la improvisación, el entusiasmo breve, el arrebató de la esperanza. Sólo clarines y tambores la tocan. Clarines y tambores embriagados de aguardiente con pólvora, piafantes y nerviosos como ágiles potros. Tras de sus jubilosas llamadas de diana se columbran auroras. Es la guerra con sólo bayonetas y espadas, a pleno sol, la guerra espectacular como un desfile. Marcha, vibrante y agresiva como una proclama: la mejor proclama de Salaverry. Cuando la caballería peruana cargó decidiendo la batalla de Junín, pudo ya nacer. O acaso nació después de una loca jarana con arpa, guitarra,

cajón, dicharachos, mujeres y alcohol: transformación guerrera de la zamacueca.

La “Marcha Morán” nació con motivo del fusilamiento de un bravo veterano de la Independencia, víctima de la saña de la guerra civil, en 1854. Encarna el homenaje tardío, el inútil respeto póstumo, la postergación del bueno y del apto, la tristeza de nuestra República invertebrada. A pesar de la diferencia de época que hay entre ambas marchas, la “Marcha Morán” parece completar el “Ataque de Uchumayo”: ser su respuesta y su continuación. Lo más bello de nuestra Historia en aquella época puede ser evocado con una o con otra. Lo demás de nuestra primera República —negociado, infidencia, delación, claudicación, desorbitación— no cabe en la música.

El día en que por obra de la justicia social y de la democracia el Perú se estructure definitivamente brotará por ahí una canción que sin el orgullo bélico del himno de Yungay, sin el entusiasmo elemental y fugaz del “Ataque de Uchumayo” y sin la melancolía de la “Marcha Morán”, prolongue la esperanza y el optimismo que mueven los acordes religiosos del himno de Alcedo.